

Marcelo Mellado

# EL HUIDOR

BIBLIOTECA NACIONAL



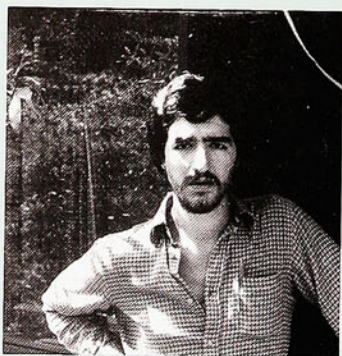
0279607

Editorial OJO DE BUEY  
Colección Narrativa

-53)

234





**Marcelo Mellado S. , nacido en Concepción en 1955. Profesor de castellano (U.C.), estudió Bachillerato en Literatura (U.C.V). Colabora en la Revista de Crítica Cultural y otras publicaciones periodísticas. Actualmente ejerce la docencia.**

0(028-53)

292

Copia

1

110085  
 AAN 8234



380711

**Marcelo Mellado**

**EL HUIDOR**  
**(LA NOVELA DEL ARTE)**

AAV 8234

Editorial **OJO DE BUEY**  
Colección Narrativa

110085

Editorial OJO DE BUEY, dependiente del Instituto Superior  
de Arte y Comunicación, ARCOS.

Colección Narrativa

Diseño y diagramación: Andrea Goic

Fotografía solapa: Fotografía familiar

Impresión: Imprenta CRAN Ltda.

Santiago de Chile, 1992



## INDICE

ZONARRATIVA .....	1
LA VIA DEL ARTE .....	19
ZONANEMIGA .....	25
ZONALIMITE .....	33
EL INTIMO NARRATIVO .....	57
ZONAMOROSA .....	85
NOTAS A LA ZONAMOROSA .....	99
ZONADOMESTICA .....	115
LA INTERZONAL .....	121
ZONA TERMINAL .....	135
NOTAS A LA ZONA TERMINAL .....	153





## ZONARRATIVA

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre esas zonas de amor pulimentadas por el roce carnal.

Escribiendo la novela dime cuenta que la vida se escribe sobre las amplias superficies del deseo escarbo.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre el relato escénico de un amor perverso.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre las marcas de amor dibujadas en los suelos transpirosos de la piel.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre el retardo de amor expuesto a las corrientes adversas de la vida despierta.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre la inmaculada percepción del escribiente en su búsqueda de puro amor.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre el mucho amor que ha sido escrito con la sangre derramada en las zonas del no amor que nos perturba.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre los soportes no institucionales del olvido.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre el deterioro progresivo de la razón de amor instalada en los lechos del discurso amoroso.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre la mirada-registro de las fotos de familia sorprendidas incautas en el área cancelada de la casa.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre el drama precoz de la exigüidad peniana adherido a las pautas estrictas de la consolación masturbatoria.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre la pulsión contemplativa de mirarse en el



espejo de la sala de baño regido por una poética de la higiene corporal.

Escribiendo la novela del arte dime cuenta que la vida se escribe sobre la ocupación inadvertida de la sala de baño en casa de mamá como área específica de ciertos recorridos... Era una amplia sala toda revestida de azulejos de cerámica de color azul, con figuritas geométricas dibujadas por una línea en relieve blanca, que trazaba un espiral en cada uno de los azulejos de 10 x 5 centímetros que constituían las paredes y el piso, generando una monotonía visual neutralizada solamente por el volumen de los artefactos sanitarios. Tenía, además, un gran espejo adherido a la pared junto a la puerta de 1 metro 60 x 65 centímetros, inaugurando una especie de zona contemplativa. La bañera era de grandes proporciones y de color celeste, su enorme dimensión permitía ocuparla de cuerpo entero hasta el sumergimiento. El retrete, también de color celeste, se ubica frente al gran espejo ritualizando el sanitario del sentido. El lavatorio compartía el mismo color con los otros artefactos, el hueco enlozado tenía la magnitud suficiente como para zambullir una cabeza en él; acto sanitario repetido una y otra vez en tardes veraniegas de depresión y modorra por el sujeto de la higiene. Sobre el lavatorio se erguía redundante un espejo de medio cuerpo que, a su vez, era la puerta de un botiquín; a ambos costados de éste se alineaban unos cajoncitos que contenían los

productos propios de la acicalación y de la higiene que caracterizan la civilizada sala de baño de la casa de los ricos. Pasta de dientes con flúor para proteger la placa bacteriana, cepillo de dientes anatómico, crema de afeitar ad usum delphini, jabones de aroma que traen los frutos de la campiña, champúes que apelan al odorífero de las yerbas, bálsamos con precisos ingredientes que cumplen la doble misión de suavizar y desenredar los cabellos, cremas humectantes y de limpieza con ungüentos neutralizadores de la piel marchita, afeitadoras desechables de plástico y una afeitadora eléctrica de antiguo modelo —herencia de su padre muerto—; mas nunca hizo uso de esa tecnología mínima por la paranoia, cinematográficamente determinada, de combinar artefactos eléctricos en un espacio constantemente humedecido por las circunstancias. Había también colonias de aromas insólitos, asociados a especies arbóreas no nativas como coníferas varias, eucaliptus de chocante intensidad y el exótico sándalo con su fragancia irrefutable. En esta área del sentido no era posible distinguir con claridad entre la fantasía de las nominaciones objetuales y el verosímil forestal adherido al campo lexical referenciado. En generales términos, el instrumental higiénico y de mantención epidérmica, se traducía en una mixtura filial de aparatos del deseo. La cultura de esos aromas era uno de sus delirios más marcados, todo un capítulo para esa pasión como-ejercicio-retórico-envolvente, en que la crónica olfativa se arma por despe-

cho de la visualidad. La clasificación odorífica era una tarea analítica que a veces ejercía con fruición; su antecedente más próximo lo constituía una empleada que ocupó un área de olor en la casa cuando adolescente. Los días miércoles, día de salida para la servidumbre, se rociaba la doméstica con un perfume que aún retiene su código odorífero: salpicón heteróclito de lavanda boticaria con esencia de palo de rosa, aliado con flora jardinera en que prevalece el jazmín del cabo. Todo muy a distancia del área específica de la sala de baño, casi en las cercanías de un tocador sancionado por la ruralidad. A la hora del perfume la sala de baño es relegada a la omisión y se reemplaza por un mobiliario ajeno al vapor húmedo, ese que soporta y acoje las aguas de colonia, aquellas que socializan un olor diluyéndole el sentido, amor. El perfume, en cambio, especifica al sujeto, el de las acicalaciones, dotándolo de arrebatos. El tocador ése superaba el constreñido espacio de la higiene coronando ciertas pasiones de olfato. Eran los días de la pulsión de olor, cuando la doméstica de la casa de mamá subvertía el espacio de su deseo indiferenciando las especificidades de área. Cuando mamá ésa no estaba en casa le ofertaba la ocupación de la gran sala de baño a cambio de compartir el delirio, y la instaba a hacer uso de todo el material disponible. Mamá no debía enterarse de la complicidad, pero sospechaba. En más de alguna oportunidad fue capaz de percibir y descomponer ese aroma mientras hacía uso de la sala de baño,



días después de haber sido ocupado por la doméstica. El la justificaba aduciendo que, comúnmente, los días de salida ella solía pasar a la sala de baño familiar sólo para hacer uso del dispositivo de espejos, nada más. De ahí la persistencia del aroma en la zona descrita. El uso subrepticio del espacio en cuestión suponía el fervor analítico de su atenta mirada. El negocio consistía en la inversión funcional tocador-baño... Y la mira atentamente cuando, frente al espejo, usa los jabones finos de mamá, las cremas humectantes de mamá, las pinturas de uñas de mamá, el rímel y el delineador de mamá y las colonias de mamá, pero nunca el perfume de mamá. El negocio, en lo fundamental, incorporaba el gran espejo ritual escenificando el área para la ficción. Rociaba sobre la oscura piel de su espalda y por su corto cuello de fémina rural algunas de las colonias descritas. El bruto de su cuerpo así enjuagado se victimaba en una pulsa y repulsa, en una torsión y distorsión que omitía el imaginario deseo despachándolo como un impenetrable objetual. En ese marco no institucional, el espejo les devolvía la escena como una zonarrativa pulsionada por una articulación precoz.

Escribiendo la novela del arte en esas circunstancias, la presencia intachable del espejo sugirió en él múltiples trabajos especulares que intentó desarrollar en su retiro corporal en la sala de baño; todo esto, antes de salir una mañana del mes de marzo, ya comenzado el otoño en el



hemisferio austral.

A continuación se da cuenta de los trabajos realizados por el sujeto del asunto en ese espacio higiénico específico, teniendo como marco referencial la autocontemplación razonada:

- Sentado en el retrete el sujeto en cuestión intenta escribir la novela del arte dándose cuenta que la vida se escribe sobre la pasión desenfrenada de proyectar la memoria del olvido más allá de los hechos de la ficción de amor que nos articulan.

- La voluntad de relato lo deposita luego, en la bañera sumergido, en donde la ultrarreferencialidad histórica lo mece en el recuerdo de Marat, asesinado por Carlota Cordayle. Pienso en la bañera como un área privilegiada de las políticas del deseo. Recuerda el suicidio del poeta Rodrigo Lira que eligió la bañera como zona ritual de sacrificios, área ahuecada que receptiona en su vacuidad la sangre derramada como supremo acto de la gestión de amor inscrito en las políticas. Cuando éstas se materializan de un modo operatorio estandarizado estamos frente a una Poética, la revelación del cuerpo en el lenguaje. Cuerpo cortado como destino del no amor que nos pulsiona, cuerpo cortado en el intento de reunificarlo como objeto. Cuerpo herido para el arte de amor. Sacrificio de arte por amor.

Amor del arte, amor, amor.

- Prende la ducha y se deja sepultar por el flujo de mil gotas dispersas. Diseminadas gotas sobre su rostro. Combina el baño de ducha con el de tina en una aleación que supone vigorizante. El vapor húmedo lo impregna todo haciendo del cuerpo mojado un latido sofocante. Su rostro es apenas un rastro de la piel instalada como huella transitable.

- Lávese el cabello con shampoo baby lee para guaguas, se jabona el cuerpo y el agua de la tina se enturbia con sus excreciones secretas. Se echa bálsamo para evitar el enmarañamiento del cabello. El jabón, con un leve aroma a manzana, le suaviza la piel y exagera su uso. Saca el tapón de la tina mientras la ducha, inexorablemente, va provocando el escurrimiento de la espuma hasta el agua turbia de la tina, la que termina por vaciarse, dejando un hilillo de piñén espumoso en la línea de llenado.

- Apaga la ducha y sale de la bañera para exponerse ante el espejo de la sala de baño, superficie refleja que ve neutralizada su capacidad de duplicar por acción del vapor que lo empaña. Abre la ventana que da al jardín y deja escapar el vapor que le impide el reflejo ahogando su dúplica.

- Aféitase la barba de tres días con una prestobarba comprada en un kiosko esquinero, usa para ello una crema de

afeitar que le compró mamá, alarmada por el mal aspecto de una barba de cinco días, hace algunas semanas atrás. El gran espejo hilvana algo de su vida despierta. Insomnio, anfetaminas, ritos nocturnos de la vigilia razonada. Apelación al recurso del no sueño para la producción significativa. Con una toalla desempaña aquella parte que el aire frío que entró por la ventana no desempañó, quiere proyectarse en ese sueño arcaico de los espejos, en su fascinación borgiana por el objeto: reflejo, automirada, perversión narcisa, amor de mí que me veo en ello. Al verse desnudo quiere postularse como objeto del deseo, apela a la carga femenina del deseo, se quiere deseado, se quiere en el duplicado de amor que es el espejo.

- Gustaba de autofotografiarse apelando al recurso del espejo, el primer plano lo daba el espejo del lavatorio y la figura entera el gran espejo de la sala de baño. La consideraba una actividad analítica, autocontemplación crítica que lo reinventaba. Se autofotografió varias veces por última vez. En su mesita de noche tenía un retrato de sí mismo en que se podía notar una herida en el labio superior producto de una afeitada inexperta. La marca común a todos los autoretratos fotográficamente determinados era, como es de suponer, la presencia ingenua de la cámara. En el caso de la fotografía enmarcada en su mesita de noche la cámara no aparecía ya que había sido tomada no apelando al recurso del espejo, sino apelando a la complicidad con



la empleada de mis olores.

- Canta desnudo frente al gran espejo. Otro rasgo de sus goces especulares lo constituía la escenificación autoreferida. Interpreta un bolero de corte intimista aprendido de tanto escuchar un cassette pirata comprado en el persa cuando era estudiante, estudiante de esos que rescatan la cultura popular urbana, sólo para producir efectos paradójales. Aun así se sabe heredero de una voz adecuada para el canto. Así, de ese modo, en esa tonalidad de ánimo en la que sólo el bienestar es posible, en esa calma rabiosa de la soledad reproductiva, solo en esas comarcas de la ficción, activado por una cierta poética de la nostalgia, precisamente, en ese desenfreno de la automirada, siente la erección súbita del miembro que comparece involuntario en el recuadro. Sabe con certeza que está frente al síntoma inequívoco de la huída.

- Tocan a la puerta para ofrecerle una toalla, es la nueva empleada de la casa de mamá, jovencita veinteañera ya transitada por las rutas del deseo. El huidor proyecta incorporarla a sus delirios higiénicos y la invita a entrar. La empleadita pretexta compromisos en el área de la cocina, zona opuesta a la sala de baño a nivel de funciones, pero basta con su retórica persuasiva de hijo de la patrona para que ella ingrese a su ámbito de influencias. Guiado por la inmediatez de las circunstancias, intenta desabotnar su



delantalito rosado a cuadrillé y ella, toda circunstanciada y casi sin querer le toca levemente el glande encendido con sus nacaradas uñas, produciendo una explosión eyaculatoria que marcaba el inicio del otoño en el hemisferio. La eyaculatio post adolescentaria consecuenó una mancha que pasamos a describir:

- Era una larga y angosta faja de semen que se inscribía en la parte delantera izquierda del delantal a cuadrillé rosado y que partía en perspectiva ascendente desde el borde inferior hasta el comienzo de la zona de relieve o hasta los pies de la cadena montañosa. La línea sinuosa que marca el límite entre la mancha y la no mancha se interrumpe en la leve costura de la basta para continuar luego, casi imperceptible, hasta el borde inferior y a escasos centímetros del borde vertical de la zona de abotonamiento. La zona de abotonamiento que marca el límite entre la parte izquierda y derecha del delantal no queda inscrita como zona manchada, esto porque la mancha tuvo dirección vertical, de lo contrario es probable que la mancha abarcara gran parte del área central, incluída la zona de abotonamiento, complejizando su sentido gráfico. Además, de haberse orientado horizontalmente, el cuerpo del eyaculador tendría que haber hecho una torsión o un giro violento, cuestión que no se verifica en el área descrita. Como la eyaculatio no tuvo carácter explosivo; ni tomó la forma de un chorro veloz, espeso y expansivo, ni siquiera

intentó describir un círculo, lo que evidentemente, hubiera dado otro diseño a la superficie manchada, ocupando la parte derecha e izquierda del delantal, incluido el centro abotonado; la versión analítica la describe como un goteo persistente y lento, precedido de leves sacudidas. La dicha mancha de semen sobre el delantal rosado a cuadrillé de la bípida implume, al servicio en casa de mamá, podría describir el mapa de la extrema frustración corporal adolescente. El delantal rosado a cuadrillé como soporte manchado del relato que nos lo remite a la opción gráfica de Las Zonales. Zona frustración-ficción. La mancha seminal como ilusión tópica del ars amandi. Delantalito manchado cual sudario non santo. La zona manchada articula una red recordatoria que reproduce un relato sobre otro drama precoz, marca epidérmica que se pule en su reiteración. Los delantalitos manchados forman parte de su sagrada vida personal, el sujeto histórico como Julín Serra, el rey de los delantales. Era la época de los chicos de Liverpool. Odiaba a mis iguales porque me parecían felices, odiaba a las mujeres porque no podía seducir a ninguna y las culpabilizaba por ello. Sí, en esa época odiaba al prójimo por la terrible posibilidad de amarlo como a mi mismo. Era la época en que en el colegio el relato erótico estaba referido al servicio doméstico o a visitas furtivas a prostíbulos del barrio San Camilo, Zona-perversión a las que el terror me negó su acceso. Este relato convivía con los de diversión en donde se daba cuenta de las fiestas del

fin de semana, veraneos en el litoral central, idas a esquiar a Farellones, atraques con minas imposibles, reyertas épicas en algún club de colonia en el marco espectante de una fiesta de fin de año. Pláticas rituales a horas de recreo o a la hora de salida. La diversión como el amor siempre dependió (y depende) del relato que hacíamos de él. Tengo la impresión de que se vivía para ese relato. Yo era un chico que sufría el horror de los rechazos, no tenía nada que contar, por eso, victimizado por la miseria afectiva del entorno me recluía en los rincones de la casa de mamá. Zona-delirio, espacio insatisfecho de la acción, retorno a los güeveos de infancia, fantasías pútridas, sufrimiento del solo ensimismado. Todo un bolero infanticida. Así vivía al interior de la novela, de la tópica novela que recuerda cuando de madrugada o en las tardes de estío buscaba restos de la historia familiar en viejos armarios, desempolvando álbumes de fotografías, documentos notariales; reconstruyendo el mundo provinciano de mis padres: muchachos y muchachas sureñas veraneando en los campos aledaños, plazas de pueblo en algarabía dieciochesca, tíos muertos en plena juventud haciendo el servicio; comensales campestres exhibiendo, ingenuos y descreídos, vasos de vino en actitud de brindis, rostros que para mí eran la más radical de las rarezas gestuales. Apenas quiero mencionar los santitos y recuerdos de primera comunión, bautizos y análogos rituales depresivos, pero la carga concienical de lo verosímil me lo exige. Estando en esas



fronteras de lo letal, una de ésas de delantal, osa pasar con su rutina de la limpieza y me empolva de objetos mi mirada analítica; cargaba el aire con su aroma y yo sufría por ello. Eso que llaman alma se debatía entre las alternativas de lo cutáneo y el raconto de lo intocado. Mas ella hacía «operación sitio» con los rincones de mi predilección. Seguía atentamente los torpes desplazamientos de la niña del delantal, invertidos en su aseo veloz. El seguimiento se anuda a una trama compleja de aliento y sudor, la emisión de su aroma potenciaba una inútil búsqueda de lo tocable, la ilusión de su enorme trasero que aparecía y desaparecía, entrando y saliendo de las habitaciones, con sus pasos cortos y rápidos que simulaban una huida que esquivaba el acoso, pero que a su vez lo estimulaba con la ambigua sonrisa de lo malicioso. El delantal fijaba su límite material una cuarta más arriba de las rodillas, ella se agachaba, se hincaba, se encucillaba y se subía a ciertas alturas que fijaban mi mirada, todo por llegar a la limpieza total o para retardar el seguimiento. La intensa actividad la bañaba en sudor y se pasaba el antebrazo por su frente para secársela, el resto sudoroso se adhería al género del delantal transparentándolo. Los muchachos más grandes del barrio la apodaban la yegua y me interceptaban en las esquinas para hablarme de ella, sobre el modo en que podían abordarla tras mi mediación. Yo, como siempre me hacía el hiperidiota, el puber casto alejado de esas bestialidades, sabía administrar ese poder de lo no exhibible por perte-



nencia íntima. Ella habla de sí misma y da cuenta de esa historia a través de un delirio que le invenciona la retórica de la pulsión, retórica inserta en el «íntimo narrativo», que dice más o menos así:

- Soy una tonta tremenda de grande, soy doméstica en su casa cuando adolescente ruinoso, el joven y sus amigos del barrio me apodaban la yegua, me constituí en el objeto erótico de su predilección, yo era una mole que se trasladaba con agilidad por las habitaciones y pasillos de la casa materna desarrollando mis funciones de aseo y limpieza. El delantalito rosado a cuadrillé que me daba la señora como vestimentaria elemental de mi comparecencia doméstica, me aportaba un definido contenido material cuya carga simbólica convocaba todo un aparato de imaginaria erótica. La recordatio me ubica con precisión tendida sobre la cama de mi habitación, soporte estrecho para mis dimensiones bestiales, hojeando una vieja revista Paula de la señora. El joven, el adolescente ruinoso, recorre los pasillos, los cuartos en uso y en desuso, pasa por la sobredimensionada cocina que recrea algo de las cocinas de las casas de campo al intentar reproducir en pequeño los espacios de la casa mayor: su objetivo es encontrarse conmigo en esas soledades de la casa materna. Mi cuarto está adherido a esta zona de la casa, yo sé que él quiere ocupar esta área. La recordatio me ubica con precisión tendida sobre la cama de mi cuartito, soporte estrecho para

mis bestiales dimensiones. Lo siento deambular por la cocina haciendo los pautados ruidos que lo delatan. Decido hacerme cargo del asunto y entro en operaciones, hago mi equina aparición ataviada con el delantalito. El, en ruina, sentado en el comedor de diario junto a la cocina pretexta un vaso de leche, todo un simulacro de la lactancia. Me sonrío como un idiota, mi cuerpo objetual, opta por acojerlo; el acoso pubertario es depositado por mí en la correspondiente camita de mi cuartito de doméstica. El delantal me queda estrecho porque mis pechos son enormes, los dos botones que ocupan esa área son especialmente reforzados, aún así los ojales tienden a ceder a las presiones de esta política del deseo, las manchas de aceite, ají, mostaza y otros insumos de la res culinaria urden una trama alrededor de los ojales que se desabotonan en línea descendiente. De esa tensión objetual surge mi materialidad específica, en ese límite se erige mi poder de convocatoria erótica, en ese margen se juega mi voluntad de poder. El signo vestimentario opuesto al delantal lo constituye su arrugado pijamita azul de franela recién lavado por mí y que aún no plancho. Sobredimensionada ropita de noche que se desliza por las sábanas pútridas y de cuyo fondo húmedo surge un maleficio pubertario. Sobre mi carcasa de bestia domesticada una adherencia inútil intenta resolverse en un acto alternativo de sudación y roce. Para colmo, la eyaculación precoz tuvo como receptáculo mi delantalito rosado a cuadrillé, lo que complejizó la trama.

A partir de ese margen de la historia de un cuerpo me incrustó en Las Políticas con esta retórica de niña lesa: soy la macho que te lo pone, la que desde los despojos de esta carne purulenta declara (heroica) su amor al acto de mancharlo todo, soy la que suda in extenso sobre el terreno que pisa, la que de alguna manera conoce ciertas fórmulas del arte de la persuasión carnal, la que tala las erecciones posibles, la siempre otra, la que oliste y acariciaste, la que se ríe de esa rugosidad prefálica que exhibes y con la que crees penetrarme, yo soy esa, la experimentalmente simuladora, la del perpetuo socorro de todas las excreciones, la documentalmente perversa, la de la poética de las torsiones, la sabedora de los secretos miserables, soy la que te manda de a pie por los caminos rurales, yo soy la que hago el arte de la novela, la epopeya de la pulsión con que me regalo el arte nacional, soy toda la frustración de la pasión en tus mejillas que sé que han llorado, soy ese espacio territorial en que no podrás dejar tu huella, soy la que te ve entrar en la casa materna con el culo a dos manos, castrado y lloriqueando como un pililo, la que sabe que ya no saldrás de paseo sin el capital simbólico necesario.





## LA VIA DEL ARTE

Era una larga y angosta faja de pavimento que:

- con sus quiebres transversales adheridos a sus articulaciones secretas hacen de la ruta transitada la razonada persistencia del deseo, deseo longitudinal que en su hábito de permanencia muere en la rueda, rueda de la muerte que en su lejanía inmediata hace de nuestro arte un transitar idiota por los caminos de chile, del chile vehicular digo, aludiendo al área conceptual del mercado del transporte carretero, tanto de carga como de pasajeros, área de especificidad económica que consecuencia, suntuariamente, el transporte de ideas así como cualquier latencia discursiva inmersa en las prácticas productivas materiales

- con sus heridas de ruta inaugura lo discontinuo que nos alberga, una rotura, un corte, una fisura en el largor de lo transitable, un cierre en el decurso del recorrido, el recorrido como marca de la pasión

- con su intersección de la ruralidad literalizada que desparrama sus signos en toda su vialidad extensiva, extensión que hace del tiempo un quieto interminable, quietud que hace del relato un interrumpido en explosión permanente, permanencia del camino en cuanto metáfora de la persistencia

Qué fintas nos hace la ruta en su vehicular por esa mancha extendida?

- con la bosta de un búey anónimo que en su deambular por el potrero largo deja una costra-huella en la superficie concreta, quebrando su continuidad immaculada con su deposición involuntaria

- con el vómito bilioso y rosa de un peatón borracho entregado sin mediación al aire húmedo de la madrugada y sobredeterminado por el drama material de cuerpo expuesto, éste podría ser el personaje de una novela histórica que se relata al pie de la página

- con el escupitajo verdoso de un paseante de media tarde aquejado de una bronquitis crónica, producto de un clima

demasiado húmedo, gelatina espesa y casi compacta que se adhiere cual molusco a la superficie en su longura

- con la sangre hirviente de un perro despedazado por las ruedas de un camión lechero —que como eslabón intermedio de la cadena de producción láctea comparece simbólicamente en la ruta—, la ultrarreferencialidad del elemento sangre nos impide desarrollar una *descriptio* fuera de los códigos regulares del desparramo de tránsito extensivo, tal vez seamos capaces de producir el verosímil narrativo de la caída fortuita de un tacho de leche del mentado camión lechero en plena ruta, cuyo contenido se mezclara con la sangre canina derramada, el efecto sería una mácula híbrida extendida en un largo específico por las patas de los vehículos motorizados que se deslizan por la mixtura que se pierde en lontananza negando con su negror las vías posibles de la lactancia

- con antedichas excreciones intervenidas por el paso vehicular que, con sus engomadas rodajas circulantes timbra el pavimento eternizándose en él como una rúbrica consagratória de su transcurso, porque en definitiva no es el vehículo en el que transita por su largor, es exactamente al revés, es el largor el que transita, quimérico, bajo sus engomadas botas que permanecen inmóviles hasta el

extremo de desaparecer de la zona excretada

El hecho, sintomático, es que hay un viajador que:

- ante las señales camineras, que relatan sintéticamente la ruta con su lectura anticipatoria economizando su transcurso, opta por la lateral, por el camino de tierra, la ruta costera, el *wrong way*, la vía alternativa, el patio trasero, la zona invertida o como atinemos llamarle

- ante la zona de capitulación de la novela o de capitulación del deseo, o del deseo como novela, o de la novela como deseo, el mundo narrativo en condición de sujeto relator constituye una anécdota al interior de la anécdota misma restituyéndole sus cláusulas que lo remiten a su función de nota al pie de la página

- ante esa artesanía del contar/relatar numerativo que se define por rasgos tipos como la acumulación de retóricas del espacio-tiempo, la lateralización de dichos relatos y la comunicación constatativa de las pulsiones/deseo bajo la forma de actos de norma, miman un real ya mimado por la ficción de realidad que los estructura



- ante este episodio que se vive como demostración del estado terminal de la narrativa, corte circulatorio, no más irrigación de parte de otras áreas de la pulsión discursiva, conciencia el modelo que produce el campo léxico «circulación vehicular caminera», el topos cruzado por la razón vial, cortes de ruta que consecuncian aparatos que unen lo discontinuo, tanta retórica para dar cuenta del acto de traslación vehicular, quién se traslada, el vehículo o el que lo opera, dilema del campo de citas

- ante las operaciones conceptuales que se relatan construye, literalmente, puentes para rubricar el advenimiento de la continuidad, pero ésta irremediamente se quiebra por las catástrofes consecunciando el fuera del límite, los cortes aludidos, las vías laterales, quiebres de identidad

- ante llantos de ruta, territorios de vagancia ilusoria, la vía lateral como ruta de acceso al misticismo de trasnoche, acto benevolente de la furia invertida, trazo de una línea breve que atravieza los cortes no pavimentados de la ruta inaugurando la oposición pavimento/no pavimento, aquí el atajo es un rasgo de la vía negativa, la ruta corta, una eyaculación precoz, éstas zonas que son las propias del demonio

- ante la lateralidad del mentado camino por el que el

vehículo accede a las rutas clásicas del deseo como transporte del deseo, acuerdo vial como el que hace setenta años inaugura la carretera panamericana, la que llega a su fin *por estos lados* inaugurando una historia específica del transporte vehicular

- ante la historia que es el deseo de la historia misma, pasión por el acto acumulativo seriado en un tempo circulatorio, que recrea el advenimiento de las verdades estratégicas de un viajador implacable, ya acaecido el otoño en el hemisferio sur

- ante la novela de la zona sur austral, zona no pavimentada del relato, contar lo incontable, lo inconfesado, contar la desterrada sombra de lo hablante, el relato zonal de un tiempo ágrafo, arte del relato en la ruta, tránsito longitudinal de una vía testamentaria in extenso, cuando en el relato crónico del acá median los caminos laterales (los de tierra adentro) y la encementada/ensimismada carretera 5 sur, ese gran etcétera vial, la que se narra así misma en su largor bruto, *se despacha* en cortes producidos por los trabajos en la ruta que la remiten al ámbito de lo interrumpido que quiebra las continuidades

## ZONANEMIGA

Cuando el enemigo nos entrega su relato algo ocurre con los años arrimados a la pared atestada de fotos de familia y manchas de grasa

algo como la noción de retrato se deshace en mis manos marcadas por los alambres de púa

algo en que pienso se me olvida en el retrete al mismo paso en que la evacuación lenta me devuelve rastros de una pasión controlada

algo marcadamente obsceno que se desarma entre las ruinas de ciertos bordes zonales me sorprende en la penumbra de alcobas ciegas

algo como tú me ocurre y me desvela hasta el olvido de las

políticas del deseo

algo como el nombre propio, repetido hasta el desenfreno,  
se me instala en las zonas - delirio de los registros sonoros

algo de la razón política ingresa al ámbito de mis pulsiones  
ubicándome fuera de tus zonas de influencia

algo, que al parecer eres tú, me asalta a plena noche y me  
lo ama simulando el gesto de lo amable

algo de los rastros de amor en las mejillas como huellas, de  
lo historiable, rivaliza en los terrenos de la dulzura que la  
niña perpetua despega de los años de familia

algo del terror de los actos normados se nos devuelve como  
cariño subterráneo, en el largor de largas frases inscritas en  
los espacios que te nombro

algo sometido al horror de lo no hecho se verifica en los  
terrenos aledaños por donde transita el huidor extraviado  
por las áreas de olvido



algo así como una Ella que mira mis exemas, los abscesos  
verificados por la crítica del acto en los huecos registrados  
de un cuerpo expuesto

algo obturado en las regiones de paso neutralizan el des-  
pliegue de las fuerzas de ocupación zonal

algo de lo tuyo en los terrenos cercados en donde el cuerpo  
marcado vive su no absolución, su lejanía hecha enferme-  
dad y/o sus quiebres tópicos expuestos a la humedad  
territorial

algo del rostro como santuario de lo abyecto sometido a la  
desaparición de los gestos mínimos, en la retratación ficciosa  
que te sitúa en los lugares enmarcados

algo del todo cuerpo que son Esos rostros diseminados por  
el campo de citas, construidos en el allá no gestual para  
exhibir el acá petrificado

algo de aquel sitio en que llegamos cuando el sacrificio del  
animal mal parido, aquella tarde de pautas obsenas del

deterioro, tarde de cuchillos de cortes tipificados, tarde retratada en la cocinería de los cortes, tarde de carnes al acecho, carnes cortadas según pautas no criminales, carnes fileteadas, carnes machacadas, carnes saladas, carnes cocidas, carnes ahumadas, carnes molidas, carnes comidas, carnes en su sitio, carnes en catástrofe, carnes puncionadas por la pulsión de las narrativas zonales verificadas en estos campos de la ficción, ficción de carnes rojas y blancas, ficción de áreas verdes, ficción de madres zonales con sus uñas nacaradas como instrumental mínimo de la castración, ficción del campo de citas, citas de la ficción zonal en que:

un campo lexical nos agrupa en el campo de fuerzas, allí el mundo quiso ser otro, fue así que me introduje en esos ámbitos de la ficción en que me las podía y fue así que en ese entonces tuve un sueño en esas comarcas de la ficción en que me las podía en la ficción con el que tachaba mi escritura deleznable cuando el abordaje del campo de citas aquella tarde de vacas mal paridas

me las podía en la ficción con las marcas de mi piel que sanaban al contacto de tu saliva después de aquella tarde de carneo de animal en que llegamos, aquella tarde de utopías

de amor en que todo parecía hermoso, a campo traviesa los sujetos en juego

me las podía en la ficción con el borrador de nombres en aquel entonces, fue en ese entonces que me hice cargo de los animales, todas las mañanas y todas las tardes comida para los chanchos y las gallinas y todas las mañanas y todas las tardes unas cuantas vacas para la lechada

me las podía en la ficción con este cuerpo otro que soy yo expuesto a la extrema punción de los rechazos y los odios, mientras tanto los vecinos (también llamados campesinos por los que nada saben) robaban el talaje y la madera del área predial que se nos oculta

me las podía en la ficción con los robadores de ganado ovino y bovino que hacían el espectáculo de lo callado, movilizándolo su deseo de ajeno en la penumbra de lo familiar

me las podía en la ficción del santuario de amor construido por las maracas que querían ser santas, objetivo que lograron sin dejar de ser non santas inventando de paso la gran

ficción

me las podía en la ficción de los espacios de la promiscuidad simbólica inventados como alternativa a la res agrícola por las avanzadas venidas del norte de la impostura

me las podía en la ficción con Ese otro que está en mí retratándome con su mano alzada

me las podía en la ficción con la reserva de mis nombres supuestos con que firmaba las actas de la suplantación

me las podía en la ficción con que intentaba resolver las minusvalías del sirviente que suplanta la función prima

me las podía en la ficción con los ritos que acogen al viajero simulado que ya no se las puede con el simulacro, con el simple modelante que está fuera de la función

me las podía en la ficción de los trabajos y los días, con las labores del hombrecito al que se le permitió compartir la



mesa con los señores, la mesa de los manjares improbados

me las podía en la ficción del destetado que sale de la casa  
materna del mes de marzo ya comenzado el otoño en el  
hemisferio sur

me las podía en la ficción del rastro de lo buscado, en la  
huella que recupero en el acto de perderlo todo, en el fuera  
de la ficción en que te ubicas tú

me las podía en la ficción de amor que habita en esa lágrima  
en que me recorro



## ZONALIMITE

Ya es hora de preguntarnos quién impone los límites del relato. El cómo del viaje de la escritura por los embarrados suelos de la ficción o de la historia, la particular, la siempre otra. A instancias de un pariente me enteré de que todo relato es una zona que limita con otra que la niega y «el **quién** habla adentro» es lo que nos tendría que importar. Por otro lado nos imaginamos, además, que todo relato es una carta del hijo que está lejos. También estamos sobre aviso que hacerle a la cosa del arte (recordamos que la palabra «cosa» es un anagrama de la palabra «asco») es una práctica de ocupación zonal que consecuencia necesariamente una disputa limítrofe, un juego de poder que consiste en podérselas con el asco que es la cosa. La cosa, anecdóticamente, también puede ser ese asco que nos cosifica (al menos en cierta jerga no citable). Entendemos, por otra parte, que a las estrategias de juego se les llama, comúnmente, políticas, políticas para la posesión de la cosa (cosa en disputa). Tenemos la imperiosa necesidad de tener plena conciencia de esas políticas. Es probable que en este caso el operador zonal del relato se instale en la

palabra «límite» -zona de nadie- como espacio de formalización cuya carga retórica de sujeto parlante/parlanchín exhibe un relato irremediamente oral, disléxico y retardatario del acontecer, deseoso él de inscribir su aparataje en el continuum grosso. Las condiciones de emisión del relato invocan una matriz de hábitos que articulan una red de enunciados que se resuelven en la medida de su no resolución, o algo así. Como que un algo contado como factum se niega a reconocerse como verba, un algo que, para los efectos del trabajo tópico podríamos llamar: zonas territoriales. Una realización más del modelo épico que recorre el campus diegético. En este contexto el relato surge como una ficción oral/anal irresistible a la arbitrariedad analítica. Por fin, quién habla en el relato. Un narrador afásico. Un manuscribiente onanista que se agarra del lápiz para aventurar un dispendio narrativo. Quién lleva las actas de este monólogo. Un narrador inmaculada que se oculta al lector infábula. El íntimo narrativo que va dejando sus huellas orales por las transitadas rutas del yo hablo. La historia como retardo del fin (de lo historiable). La retención como estrategia de relato, quizás el relato mismo. Cuerpo que estalla ulcerado por tanta excreción retenida. El que habla en el relato es el único que escucha. Después de tanta articulación precoz el narrador púber cae en la cuenta de su drama. Qué estrategia épica desarrollar para consumir el proyecto narrativo. Obsesión maniaco narrativa resuelta en la retención conspirativa de su manu-



factura. Persistencia del acto compulsivo de historiar el relato como dispositivo de la chilena ficción. Acto/exhibición de la histórica ficción, puesta en escena de la pulsión narrativa como un acto-posesión de un habla redentor hominis. Apelación a la zona larga y angosta como retóricas geopolíticas de la tierra ficción. En este contexto pulso-narrativo el huidor viajante desarrolla pasiones controladas de amor zonal en los límites del desenfreno. El resultado es un escrito de viaje o una bitácora del deseo como ocupación territorial, un texto ambulatorio que se dispersa en línea recta. Como el huidor no quiere vivirse en el olvido sale de su casa una mañana del mes de marzo, ya comenzado el otoño en el hemisferio austral para escribir su viaje por las áreas húmedas del territorio. Desde pequeño sintió una tendencia irresistible por las zonas rurales, lo seducía el campo marcado por la res agrícola, fantasía o histeria a la que aspiraba dar un sentido de realidad. Ocupar un territorio, acotar sus límites era como abordar en plenitud al objeto amado (deseado), probablemente era lo mismo. En esas condiciones el huidor se enfrenta al mundo de afuera, al mundo del no hogar que nos reinventa. En este contexto narrativo el huidor es sujeto de relato histórico. Se le ve salir de su casa una mañana del mes de marzo, como ya se sabe, en momentos en que el sol matinal todavía guarda restos de la canícula del verano y la vida santiaguina recobra la actividad habitual, característica de la temporada otoño-invierno. Su salida de casa es la más literal de las

salidas de casa, no hace más que abrir la puerta y caminar hacia la calle con rumbo a las áreas propias de su ficción. Lo exactamente anterior a ese breve acto de soberanía-ficción, la supuesta despedida, queda relegado a la plenitud hueca de la novela clásica. Siguiendo con el curso del acontecer podemos acotar que cruzar la ciudad de Santiago para acceder fuera de sus márgenes puede constituir una épica en sí mismo. De la zona alta de la ciudad, zona oriente, se traslada al sur de la misma haciendo uso del sistema de transporte urbano que lo conecte finalmente con el otro sistema de transporte, el interurbano. En esa área de la ciudad se encuentra el terminal de los buses (espacio de emergencia, primo hermano del servicio hospitalario, en que comparecen cuerpos en crisis en situación de partida, llegada y espera, todos sometidos a la angustia de la pulsión de muerte), para acceder a él es absolutamente necesario pasar por el centro de la ciudad, zona acotada en que el huidor viajante decide hacer escala, área testimonio que decide palpar por última vez. No hace de ello una parodia de la nostalgia, pero quieres recuperarla para tus vicios de huidor, quieres que la urbanidad te empape con su explosión de límites y cotas, quieres victimizarte en sus bordes rituales que te seducen. No, aquí no hay nostalgia, sólo verificación y peritaje de los sitios del recorrido, de tu desamparo filial adosado a los años ocultos. Eres cuerpo rasante transitado por las rutas breves de lo ciudadano, la histeria de amor te arrastra por las calles buscando la

ficciosa posibilidad del sur. Qué extraño giro el de la opción austral, el de la búsqueda de lo amable por las áreas del allá lejos, a límites del desenfreno, acosado por la malignidad de la bondad de amor. Marcado estás por el gesto tanático de la verdad de amor que te lanza al vacío, esto es, bajo las lluvias del sur que te erosionan. Pero en este paseíto previo a la partida su memoria ha fijado intentos que no traspasaron los límites de la ciudad: su estada en una casa del barrio Ñuñoa cuando universitario oscuro, enredado con una estudiante lanzada al compromiso político contra la dictadura. En ese instante se confundía pulsión política con pulsión de amor, área confusión que genera miedo y suspicacia, por no decir paranoia. El huidor huía de todo, excepto de su proximidad, en ese límite se suspendía y se hacía otro, un cuerpo amante que se despliega sudoroso y sin alma, cuerpo erosionado por la pulsión de amor. Era el tiempo de la universidad, corría el período en que había que hacerse el discurso académico desde la pulsión de la res política; le agregaba, además, una obsesión ingenua por aprender intelectualmente el mundo para treparse a un modelo teórico rápido, aplicable a todo, de uso inmediato, a lo que habría que sumar un diletantismo de cervecerías y cafés. Ella ocupaba el centro de todo deseo, la partida huidiza le imponía el recuerdo ése, cuando el yo era para él un indeseable nosotros. Pluralidad de los encuentros en que se cruzaba la camadería post adolescente y la militancia paranoica, con la intersec-



ción de una neurosis impulsiva en plena conformación y desarrollo. La conoció en unas jornadas académicas no institucionales, organizadas por el centro de alumnos de su facultad, en una casa de retiro perteneciente a la iglesia. En más de alguna oportunidad se había topado con ella en los pasillos de la facultad, una leve diferencia generacional impedía sincronizar sus cursos. Otro elemento que los diferenciaba, levemente también, era sus militancias diferidas, una activa y otra inactiva, anclada en los juegos de una cierta retórica nihilista. Contradicciones que no alcanzaban a entorpecer las pulsiones centrales tramadas en la fruición poético literaria articuladas en pláticas noctámbulas. Extendidas tertulias en bares y cafés del barrio ñuñoa y áreas aledañas al centro capitalino. La situación política exigía permanentes cambios de sitio. Escenarios de acción políticas en el contexto de mítines y protestas antigubernamentales. En particular recuerda el funeral de un caído, un compañero de facultad *que se fue* en la tortura. Correr entre los autos y ser alcanzado por perdigones disparados por las fuerzas antimotines, ser atendido por una religiosa en una parroquia periférica. Siente temor porque hay allanamientos. Ella consigue un taxi para salir del área en madrugada. Logran evadir el cerco policial. Ella lo conduce hasta su casa y lo acuesta en su cama. El opta por sonreír y comentar que lo ocurrido es sobredimensionado para alguien como él que no está muy marcado por el compromiso político. Luego vino el ámbito



de lo húmedo. El sudor tibio de los encuentros íntimos, fraccionados en tramos escénicos, previa micro habla persuasiva como estrategias de la seducción. A partir de ahí, de esa trama pulsional, es posible reconocerlo en las fricciones epidérmicas de una seguidilla de posesiones en el sofá-cama de un taller de grabado, doble opción académica de la amada además de los cursos de filosofía. Sitio, también, de impresiones clandestinas. En ese mismo espacio comparten algunas lecturas cuyos temas nunca dominó a cabalidad, tampoco se comprometió en demasía en la lucha política, su participación se limitaba a trasladar uno que otro paquetito de un lugar a otro o de esconder a a algún perseguido de ocasión, a pesar de que en la lucha callejera tuvo más de algún contratiempo. El la acompañaba en esas jornadas callejeras de pasión política, pero siempre creyó poco, siempre alejado a los territorios de disputa en donde el poder se las jugaba, pusilaminidad con respecto al trazo manchado de las políticas de acceso a las zonas de disputa. Lo único que lo sanaba de ese dolor de no pertenencia era la proximidad corporal con el objeto de su deseo más profundo. Objeto deseoso siempre provisorio en que esa pulsión le imponía el olvido de las disputas, objeto temático en sus disputas de pareja, odiando el poder de los ricos y el poder popular, odiando el poder de los que saben y de los que no saben, odiando el poder de los portadores de armas y de los no portadores, tanto la paz como la guerra eran objetivos de su odio. Privilegiaba el rasgo no marcado,

el rasgo débil de lo popular, de la ignorancia, de los pacíficos, porque había que ubicarse en algún territorio funcional porque como ella le dijo, en el marco de una de las disputas, el nihilismo termina apoyando el poder establecido con su conformidad que asimila los procedimientos de legitimidad de los grupos. Le enrostraba que sólo se trataba de su minusvalía psicológica, la que se podía resolver en la consulta de un médico del área o radicalizar la psicosis hasta el suicidio que todo lo resuelve. Sobre esas retóricas se estructuraban sus juegos de amor casi perversos. A pesar del conflicto, dicha perversión retórica lo vivifica y los atrapa, en un affaire de relato erótico que los rescata del tedio y la muerte (retórica) que le sigue en mecánica causalidad. Un erosionado raconto los podría ubicar en una zona exclusiva en donde comparece mutua la grossa epidermis, post adolescentaria aún, en situación de sudación excesiva, razonada por frotaciones y roces continuos que producen una solución pegajoso ritual en el contexto histórico de los misterios sudorosos de la excreción corporal, cuyo rasgo distintivo es el mojado gomoso en función de una lubricación reglamentada por la erótica-doxa. Masajeo y contacto, roce y apretuje, cuerpos en despliegue que intentan imprimirse el uno al otro en un cruce de políticas de grabado en que se disputa la matriz. En los revuelques de un impresor y un impreso se interrogan las zonas limítrofes. Ambos cuerpos llevarían cruz a cuevas como casi todos los cuerpos en despliegue. Su propio cuerpo

expuesto al aire tibio de la tarde veraniega que se cuele por las cortinas porosas y casi transparentes, tarde veraniega del barrio Ñuñoa, tarde de áreas semipobladas, de áreas verdes miradas desde una ventana, tarde de plaza vecinal en pleno sábado, placita de barrio vista desde una ventana donde se puede ver a los niños jugar. Desde la ventana miran a los niños que simulan juegos, sometidos al aire caliente de la tarde. Los que miran con atención el juego de los niños son distraídos por la presencia de un obrero municipal de mameluco naranja, que riega el pasto de la placita que amenaza con secarse. Observan que cada cierto rato el obrero municipal rocía con su manguera a los niños que reciben el remojo con alegría y vítores. Trátase de una de esas tardes de mierda del verano en que irremediablemente se suda a más no poder. Junto a la ventana los observadores sudorosos se dejan acariciar por una suave brisa que penetra por ahí sacudiendo la cortinita de tul azul a medio abrir que marca las diferencias. El pegajoso del sudor se imprime en los semblantes. Los que miran se tientan por mimar los juegos sudorosos de los niños, jugosos ellos que despliegan su cuerpo al aire caliente de la tarde. Recuerdos de una tarde de sudor en que sudaban copiosamente, copia de sudor que se desparrama por la piel, sudor manchado que se desliza por los surcos anchurosos de su piel marcada. Y corría por sus pliegues cutáneos, por tus brevedades epidérmicas, por las rutas indefinidas que trazan sus afluentes. Los observadores, mimosos,



acceden a recorrer la vía sudorosa, petición recíproca de internarse por esas misteriosas rutas por donde se escurría el sudor, solicita su impresión jugosa en el *gomoso* de sus vías de tránsito, apelaba a su dudosa capacidad de succión para frenar las rutas del desenfreno, dicho acto ritual sobredimensiona las seducciones generando redundancia en el sistema. Tendida boca abajo el sudor se le apoza en la parte baja de la espalda, en ese hueco muscular verificable en el área de desliz, allí el juego musculatorio del ápice y el dorso de la lengua era irrevocable, se proponen actos recíprocos de succión húmeda, viaje insondable por la ruta de un deseo intimidador que se fecunda en el escarbo de la áreas pulimentadas por el deseo. Ha de saber de la doble recipocidad del acontecer ficcioso que los relata, su anverso y su reverso, con el sudor apoyado en el ombligo y otra línea de sudor deslizándose por entre los pechos, luego la zona estomacal hasta su sitio de depósito, viene por fin un rebalse hasta la zona arácnida o zona del absceso mágico en donde acontecen las maniobras de la mía pulsión y las tuyas, las recíprocas, qué rutas traza el mío deseo en su deambular, y **él bañado en sudor va a la cocina**, abre el refrigerador y saca de allí dos botellas de cerveza fría, te pasas jabonosamente la botella por todo el cuerpo para refrescarte y el polvillo de hielo se te adhiere a la piel, procedes a destaparla y vacías pausadamente su contenido sobre el rostro, los pechos, la barriga, la arácnida zona y las piernas de la que yace en la alfombra; el helado de la



cerveza la sacude y la saca del letargo en que había caído, el observador procede a languetearla seducido por la aleación salvaje de sudor y cerveza fría; como un trago ácido los describe al paladearlo. Mientras tanto en la placita de barrio la escena ha cambiado, los niños juegan a tirarse agua con la manguera del obrero municipal asignado al área de parques y jardines, éste se ha trasladado al otro extremo de la placita a desmalezar un área de arbustos, paralelamente el observador, encucillado, intenta resolver el trance ambiguo que media entre el languetear y el chupetear, todo regido por el acto genérico de la seducción, todo su aparato bucal da cuenta de dicha ambivalencia al ubicarlo entre la inmensidad de los senos de la que yace tendida en la alfombra de material sintético. Toda su magnitud al servicio de la espectacularidad *chupona*. Un poco el todo yo sometido al todo tú y su reverso. Mientras los niños ubicados en el paralelo narrativo continúan jugando a tirarse agua con la manguera del obrero municipal. Cuando el calor insinuó su retirada y el atardecer daba sus primeros bostezos él se instaló observante tras la ventana y los miró jugar, la cortina de tull sacudida por la brisa le acariciaba la cara, su pene ya no erecto pendía en reposo esperando su otro momento. Su atenta mirada fue interceptada por la mirada de uno de los niños, el que parecía llevar la batuta de los juegos. El infante apunta su manguera en dirección a la ventana y se acerca lo suficiente como para quedar en posición de tiro, el primer chorro

rebotó en el marco de la ventana salpicándole lévemente, el segundo chorro dio de lleno en el rostro, y el cuello, y el pecho del sorprendido observador que, a pesar de estar atento a las intenciones del infante, no imaginaba que el chorro llegaría tan lejos, prácticamente quedaba incorporado al juego, toda una complicidad de actos normados, ella sale del letargo al ser salpicada lateralmente por el chorro que entra por la ventana, ella lo interpreta como una conflagración, como un atentado a la intimidad adulta, la altera el hecho de que él pareciera no hacer reparo a lo que considera una agresión, más aún, participa del juego que moja. La risa de los niños que en un comienzo era asumido por los sudorosos como un hecho de ruido vivificante para un barrio residencial, surgía ahora como una algarabía enloquecedora; el obrero municipal procede a imponer el orden y les quita la manguera a los niños llamándoles la atención severamente, ella le insta a cerrar la ventana y la cortina azul de tul y le hace secar el piso con el traperero del baño; comienza a anochecer y aún se puede escuchar el juego de los niños. Los sudorosos han tomado la decisión de recostarse porque el tenue frescor de la noche les seca el sudor y los enfría; ella se ha recostado boca abajo sobre la cama exhibiendo su detrás; las yemas de los dedos de su diestra mano se deslizan por su espalda bajo la forma de una caricia que apenas es tal, estamos en el reverso de su cuerpo recorriendo las concavidades, ondulaciones y relieves de esa zona exclusiva que lo incluye; ella toda pulsional

recepciona el estímulo-caricia de una mano absoluta que la recorre con itinerario trazado a cabalidad, el índice y el anular, haciendo una V de la victoria invertida le recorren los bordes de la columna vertebral, de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, de la parte baja de la cabeza hasta la parte superior del culo, de la parte superior del culo hasta la parte baja de la nuca, mientras tanto ella le agarra su colgajo, que pautadamente tiende a la erección, como para aferrarse a un algo definido en esa escena postural. Manualidad ascendente y descendente, la muy ella gira mostrando su anverso y apelando al área institucional, el muy él, ambimano, la toma de las caderas en postura posesional, la productividad sudorosa los envuelve en una sola humedad ritual, en este punto la anécdota sufre transformaciones que la desinstitucionalizan, ella gira en reverso, manteniendo la sartén por el mango, en corriente metafórica, él es instado a girar sobre su eje para acceder recíprocamente a la vía succional, los respectivo aparatos de fonación alejados de su uso normativo producen limitados registros de succión que podríamos clasificar operativamente: registro bilabial, interdental, ápico lingüal, dorsopalatal, del registro glóticouvular no hay constancia, la instancia absoluta quedó constituida por el amoratado e hinchadísimo glande que estalla micro estelar contaminando de analogías míticas el área manchada, vía láctea que empalma con la ruta oral, la que a su vez desborda por la berma de la comisura de sus labios, hilillos seminales



confundidos con las sudaciones. Afuera, en el paralelo, la algarabía de los niños ha dado paso a la feria municipal de chacareros, recién ha amanecido, el espacio de los juegos se ha modificado, comparece ahora la algarabía de los voceadores de productos agrícolas provenientes de los campos aledaños; campos pulsionados por la res tecnológica aplicada al agro, áreas cercadas por el desamor, transferencia tecnológica de los deseos mercantiles, área-destino de la cadena productiva de la red de consumo alimenticio, interviniendo la plaza pública con su carga simbólica. Los que la observaban en su función primaria de áreas verdes intentan dormir el profundo misterio del sueño sudoroso, interceptados son por el ruido de feria que los sepulta en la vigilia, cuerpos virtuales adheridos al camastro que los sostiene, se intenta un rito posible para la triste mañana de verano, una monta simulada por si acaso el amor; afuera el bullicio de las dueñas de casa a la pesquisa del rastrojo hortícola, en la disputa de las calidades del producto. La tetona que duerme o hace como sí, a pesar de la monta simulada, sabe en su fuero interno que tiene que acceder a ese ámbito del consumo, el huidor se levanta presto, ha decidido salir al contacto del día; la tetona de tez blanca y rubicundo cabello aprovecha dicha instancia para mandarlo a comprar verduras, apelando a la moral del compartir de las parejas alternativas transitadas por el imaginario universitario; de la cocina saca una bolsa de malla y se dirige a la feria para confundirse con las



dueñas de casa. Se siente torpe, decide recorrer la feria en su integridad antes de tomar una decisión de compra, luego tímidamente comienza a comprar siguiendo el modelo de lo que adquieren las dueñas de casa que le preceden; toda feria supone una peregrinación o sigue la fórmula de una visita de museo, naturalmente se forman filas indias que consultan devotamente lo ofertado en carretones y tiendas hechizas que se alinean en los costados; pausada y pautadamente va echando en su bolsa verduras, frutas, legumbres y algunos tubérculos, sobre esta clasificación ha edificado su proyecto de casero ocasional de feria; en el caso de las verduras ha optado por las lechugas de la variedad escarolas, en el caso de las acelgas ha preferido las de grueso tallo y amplia hoja, también ha optado por un tipo de repollo que en el sur llaman corazón de buey, toda su elección ha dependido del seguimiento que ha hecho de una joven dueña de casa de aspecto juvenil, siguiendo dicho modelo adquisitivo fue echando en su bolsa de compras espinacas, repollitos de bruselas, una mata de apio y por el lado de las frutas se inclinó por los cítricos, las uvas y manzanas omitiendo cualquier alternativa exótica, de ahí el rechazo a los plátanos y kiwis, en el caso de las legumbres a pesar de que en general se adquieren envasadas en el supermercado, decidió comprar a granel porotos y lentejas, siempre siguiendo el modelo de la joven dueña de casa que recién se daba cuenta con extrañeza del remedo en las compras o del acto mimético del comprador ocasio-

nal de feria, dicha situación determinó una suerte de complicidad en la que él aparecía como un indefenso niño de los mandados. Conjuntamente seleccionaron papas de la variedad desiré, zanahorias fantasiosamente fálicas, rabanitos intensamente rojos y cebollas enormes de cáscara arbitrariamente dorada, todo esto por el lado de la imaginería de los tubérculos, finalizada la selección y clasificación de los productos adquiridos el comprador ocasional se ofreció como cargador de la joven dueña de casa, cruzaron el área destinada a la feria reconociendo en su interior la existencia de una placita pública; la acompañó hasta su casa distante tres cuadras de la plaza, ella en el trayecto le comenta haberlo visto un par de oportunidades en el barrio en compañía de una mujer rubia de aspecto artesanal y aprovecha de preguntarle si era casado; él teme un amor ocasional de feria, ella le teme a la soledad de ser dueña de casa en un hogar que comparte con su madre vieja y viuda; antes de llegar a su casa se topan en una esquina con el grupo de «volados» del barrio que toman cerveza en tarro, los que con desenfado les solicitan un «pito», la pareja ocasional se intimida y niega la petición aduciendo no poseer el peticionado producto, siguen su camino y ella le comenta que constantemente estos muchachos la molestan y acosan con solicitudes análogas, él comenta que en su opinión dicho producto debiera ser vendido en ferias, que así se evitarían muchos problemas de tipo delictivo, ella sonrío y le da la razón y aprovecha para comentarle que

estos muchachos son muy activos en tiempo de protestas, que por lo general deambulan por sitios eriazos, zonas semipobladas y sectores precordilleranos de la comuna bebiendo y consumiendo la droga que puedan conseguir, no son tan marginales como para el neoprén, ni tan encumbrados como para la coca, como hijos de la pequeño burguesía empobrecida la mariguana no falta, incluso ella cree que la petición que les hicieron no era del todo válida porque cuando ella pasó en la mañana los vio piteando, sólo lo hicieron por voluntad de paradoja; uno de ellos había sido baleado en una jornada de protesta, en general su comparecencia pública era el desenfado y la actitud agresiva, los hijos de la dictadura los llamó; me comentó además que había un muro en la esquina de su casa en que rayaban escribiendo sus rayaduras contra el sistema, casi todas las semanas rayaban algo distinto, una semana se podía leer la leyenda No +, en otra «consume pito» o «jesús también era un volado», «abajo la dictadura», además el muro era el sitio en donde hacían sus necesidades biológicas, además de las ideológicas, se los podía ver a plena luz del día meando o cagando, mas por la noche algunos testigos cuentan haber visto escenas furtivas de amor, era un muro receptáculo del negativo que los fecunda, un grafiti narrativo del drama particular de los chicos del barrio. Llegan a su casa de un cuidado antejardín, enrejado, que contrasta con el frontis descascarado, la falta de pintura es neutralizada por un balcón del que cuelgan



desprendidas las buganblias, no sólo es invitado a entrar sino también a almorzar, le teme al retraso pero igual accede seducido por la sensación de abismo que le provoca la casa; añosa casona ñuñoína que en sus rasgos globales delata un esplendoroso pasado, el living ha sido convertido en taller de costura, una máquina de coser Singer de antiguo modelo está ubicado en el centro; almuerzan en la cocina a solas en donde ella le relata algo de la escueta vida familiar, su madre con la costura y una pensión de vejez mantiene la casa y sus estudios de secretariado; pregunto por su madre justo en el instante en que aparece en la cocina y me saluda circunspecta, interpreto que la depresión y la angustia la hacen verse más vieja de lo que es, cruza unas breves palabras del tipo doméstico con su pareja de feria y se va a su costura, quedan a solas nuevamente y la interroga sobre el origen de la casa y la situación actual de sus moradores, ella le cuenta con toda transparencia que su padre fue un oscuro funcionario de impuestos internos que murió hace muchísimos años y que él no tiene nada que ver con esta casa, ésta fue cedida por un señor muy rico a su madre por los servicios prestados como secretaria y amante, este señor era dueño de viñas y campos, todo un terrateniente y oligarca agregó, la casa ha sido difícil de mantener tanto por su costo como por el asedio de los familiares del rico señor que se creen sus legítimos herederos, pero el viejo la había donado en vida y en regla, la mujer supone que ella puede ser hija de este rico señor,



cuestión que nunca ha podido aclarar del todo con su madre; ella lo invita a recorrer la casa, comienzan por el segundo piso desde el balcón de las bugambilias, en donde está la habitación de su madre, todas las habitaciones dan a una galería que circunda el segundo piso, en el extremo de la de la madre está la de ella, nada en la de ella delata algo de ella, en su habitación no hay imaginaria; el mobiliario, le explica, siempre estuvo ahí desde hace treinta o cuarenta años, a excepción de esa habitación en todo el resto de la casa había referencias vitivinícolas: cuadritos conmemorativos de viñas con su respectivo logotipo, diplomas de competencia y exposiciones de vinos en Europa, fotografías de catadores o de vinos de especial cosecha, le impresionó todo aquello y la interrogó sobre el particular dando por supuesto que tenía que ver con el viñatero, en respuesta, ella lo condujo hasta el subterráneo de la casa que era una espectacular bodega de vinos, ante tal espectáculo él le hace ver su admiración y le advierte la presencia de un gran capital en ese tesoro embotellado, ella lo sabe pero su madre se aferra a esa fortuna inmóvil que le recuerda al hombre que amó; la curiosidad lo impulsa a revisar las etiquetas y comprobar su antigüedad, se deja seducir por la gráfica y las leyendas de las etiquetas, también se deja seducir por ella que lo invita a dormir una siesta en su habitación, además le ofrece la posibilidad de revisar un álbum de etiquetas de vino que su madre colecciona, actividad también inscrita en el homenaje permanente al

amor de su vida; él cautivado por la pulsión vitivinícola se interna en la cama de su habitación y hojean en conjunto el álbum; ella ha tenido la delicadeza de sacar del refrigerador un vino blanco Ochagavía para acompañar la sesión; por divertimento ella lee en voz alta la leyenda que acompaña la etiqueta, don Silvestre Ochagavía padre de la vitivinicultura chilena que contrató al experto francés Bertrand que trajo las primeras cepas nobles; beben, su primer comentario crítico es comprobar que gran parte de la gráfica etiquetera ante sus ojos, marca un trazo de historia aristocrático familiar; hay una referencia colonial que funda una cierta imaginería histórica de Chile, su abuelo, un apasionado de las historias parciales, le contaba que los primeros vitivinicultores fueron los curas, más exactamente los jesuitas, los que habrían generado toda una tecnología agrícola y una tradición viñatera sobre todo, que se rompe por la expulsión de éstos del reino en el siglo XVIII; cita un artículo de una revista de agricultura que daba cuenta de la gran crisis económica que sobrevino cuando los jesuitas abandonaron el reino, ya que se llevaron consigo toda la tecnología que habían implementado en la agricultura, dando corte a una floreciente industria del vino; la tradición se restauraría en el siglo XIX con don Silvestre que opta por la cepa francesa en un momento cultural caracterizado por el antihispanismo. El álbum que hojea con su compañera ocasional de cama no tiene un orden histórico específico, las etiquetas están desordena-

damente expuestas; ella le cuenta que ha ayudado a su madre en la recolección de etiquetas despegándolas con vapor de las botellas, las etiquetas de las botellas coleccionadas son de posterior fecha que las de la bodega, comento y compruebo que en los últimos quince años la gráfica y el texto que se le adhiere remiten a la casa patronal de la zona central y a personajes de la epopeya independentista, todo ligado a la oligarquía terrateniente criolla, imaginiería y anécdota colonial se convierten en nombres de fantasía de los vinos de Chile. La etiqueta reivindica la anecdótica heroica, se invenciona una gráfica retórica de lo colonial, es así como 120 remite a la cantidad de patriotas que huyendo del desastre de Rancagua se esconden en las bodegas de la viña Santa Rita doña Paula, corresponde al personaje que permite que los 120 se escondan en las bodegas de su propiedad, se trata de doña Paula Jaraquemada que la anécdota histórica la ubica enfrentando a los realistas que llegan a la viña buscando fugitivos después de la batalla; distingo también en esta gráfica fragmentaria al Conde de la Conquista cuya leyenda lo identifica como Mateo de Toro y Zambrano, presidente de la primera junta de gobierno, aparece su casa como testimonio arquitectónico generador de la noción de casa chilena. Se inscribe, también, en el comentario el Marqués de Casa Concha, oidor de la Real Audiencia, pariente de don Mateo que crea la Viña Concha y Toro, el comentario da cuenta del diálogo interbotella, las etiquetas de vino se van citando en una



dialógica extravitivinícola, en este contexto es posible inscribir a los hermanos Carrera, don José Miguel y doña Javiera son etiquetados por la retórica vitivinícola trazando un marco de cita restringido por el orden de las familias. Al pícaro Manuel Rodríguez y al huacho O'Higgins (abolidor de títulos) ninguna etiqueta de vino los recuerda. Toda viña estaría asociada a alguna familia de rancia estirpe, Undurraga, Cousiño, Concha, Toro, Errázuriz; el comentario arriesga una tesis: las viñas chilenas por la vía de la etiqueta escriben-producen un trozo fragmental de historia chilensis que restaura la simbólica nobiliaria sustraída, recuperación del orden de las familias vía restauración del trozo colonial en que se juega el aparato otorgador de identidad nacional. La gráfica etiquetera del vino apela a dos símbolos claramente restauratorios, estos son los escudos de familia y su heráldica castiza, y la gran casa patronal como fuente emisora de identidad nobiliaria, arquitectura y heráldica conformando un diseño que se articula en un mismo texto recuperador, esta estrategia recuperadora tiene un doble carácter al erigirse en crítica del período etiquetero inmediatamente anterior a la restauración, período caracterizado-caricaturizado por la imagen de un garzón caminando raudo con su bandeja en vilo, aquí parece estar en juego un cierto estatuto del vino. La imagen del garzón de la etiqueta de los vinos Santa Carolina, «por convicción y doctrina» nos remite a una cierta civilidad funcionaria del vino, el típico vino de los clubes



radicales, época del vino feliz, el vino como aliado natural de la comida, la crítica restaurataria lo sustrae de ahí y exclusiviza su ritual al promoverlo como una tradición familiar de origen noble; la expresión «nobles cepas» es delatora en ese sentido, la disputa acontecería entre una concepción del vino como hecho público e insoportablemente ingenuo y una concepción del vino como hecho ideológico. Su compañera ocasional bebe con tendencia a la lata, él no ha bebido, sólo se ha limitado a comentar; ella le pregunta por su mujer habitual, él le contesta que el amor no existe sólo la pulsión, pulsión de amor, se bebe en el estilo estricto del consumo desritualizado, el vino al servicio del arbitrario conversacional, ella intespectivamente hace un giro copernicano en la conversación dando cuenta de dos nociones antitéticas que le parecen ilustradora de la situación del vino, la noción, «vino de origen», ligada a la nobleza antes aludida y la distante noción de «caña», caracterizadora de una práctica que omite la botella y la etiqueta, el continente es omitido para supremacía del contenido, él intenta atenerse a la estrictez analítica referida al etiqueteo y ella descubre en el álbum de etiquetas de vino de su madre una perspectiva gráfica referida al naturismo agrario, se trata de etiquetas de vino producidas en la Estación Experimental de Cauquenes, viña con objetivo académico, el no familiar vino de las ciencias agrarias cuya etiqueta es meramente representacional, una vendimia fotográficamente retocada o el plano general de un

viñedo demostrativo, el álbum entregaría tres retóricas de etiquetas, tres vinos discursivos, el hegemónico parece ser el familiar-noble, aquel cuya leyenda corresponde al apellido que no es el de uno.

## EL INTIMO NARRATIVO

Yo sólo sé que hay un paisaje que desconozco, una zona de verdes praderas, extensas y ondulantes que tu piel rosada contamina, un área boscosa que te inventa una sombra acariciante con su fronda espesa, una orilla de mar que dibuja los contornos sinusoidales de tu territorio, un aroma a suelo húmedo que ingresa a tu registro odorífero, una zona de narratividad cero en donde cada acto de tu palabra genera un corte, un límite, una herida expuesta al aire frío de la mañana, herida como la producida por la prestobarba en tus labios cuando adolescente, cuya cicatriz, exhibida documentalmente por la fotografía enmarcada en tu mesita de noche la remite a un acto corporal-ritual, fotografía de archivo al alero de la noción de retrato, rostro escueto retocado por el delirio, trazo de historia que se delata in fraganti en la textura de las áreas transitadas:

trazo de historia en que un otro que no es otro que él se inscribe como relator crónico o cronista que ingresa al ámbito de lo contable al salir de la casa materna una

mañana del mes de marzo, ya comenzado el otoño en el hemisferio sur y se incorpora a la zona deseo con la conciencia sucia de desear lo abyecto sublime, aquello que lo traduce a cuerpo presente en las latitudes australis, sujeto huidor que deja crecer su barba para ocultar la cicatriz enmarcada en su rostro trazado a retoques de delirio

trazo de historia en que el huidor contempla como estrategia de huida su inserción en la res agrícola australis para resarcirse del drama urbano, en el trazo de la historia inmediatamente anterior al viaje de huida hay un episodio en que el huidor negocia con oscuros miembros de la familia de su padre muerto la administración de un abandonado predio agrícola en cierta área imprecisa de la zona sur, el huidor busca un gesto familiar que le permita el desarrollo del capricho, la familia paterna le cede con encantos los derechos al no tener ningún nivel de expectativas en un área carente de verosimilitud mercantil, su padre, un aventurero de los negocios, recorrió el territorio buscando una plusvalía perpetua, invirtiendo en la diversidad de lo negociable, en la fidelidad de esa política fue que adquirió un campo que nunca visitó a un amigo ocasional que oficiaba de patrón de lancha en los mares del sur y que era oriundo de aquellos parajes, el huidor recuerda con cierta nostalgia que en sus delirios previos a su



huida de este mundo, su padre le mencionó lo del campo atribuyéndole rasgos paradisíacos, él entendió que esto se debía a la imagen idealizada del sur que se tiene en la metrópolis, con su padre nunca hubo un lazo muy fuerte que los uniera, por eso se extrañaba de sí mismo al apelar a la memoria paterna en sus actuales decisiones

trazo de historia en que el huidor fantasea sobre la posibilidad de establecer una modalidad específica de trabajo agrícola, estimulado por una lectura veloz de la Agenda del Salitre, bibliografía ad usum delphini que hace de soporte teórico privilegiando aquellos capítulos que apuntan a la zona de suelos específicos, los trumaos del sur serán la sustancia escueta de su opera agrícola basada en el manejo a pequeña escala de bovinos de leche, lo que a nivel de labores agrícolas supone el apotrerramiento racional de pequeñas superficies (de un cuarto de hectárea) y el establecimiento de empastadas de especies forrajeras nobles

trazo de historia acaso enfática en sus procedimientos de instalación política en las áreas de pastoreo, qué rastros de ese trazo recupera el viajante en su vocación de huida, talvez victimado por el desamparo a que se somete el que se inmersa en los actos de norma o hábitos a campo traviesa, sometido a las retóricas del hacer práctico que

interceptan la vigencia de la huida, en el aquí de los suelos apotrerrados, en la presentación de los cercos destruidos

trazo de historia en que las zonas cercadas son recuperadas por la economía del discurso éste, tras la invención, vía estatuto rural, de una poética agrícola que mima los procedimientos de ocupación zonal de la modernidad, topo discurso practicante de las limitaciones del área operando según reglas delicadas de geomensura y pasión agrosilvestre, comienza el huidor a sobrevivir las primeras anécdotas del estar allí, llegar un atardecer ilusorio y experimentar la brisa del otoño en la piel, viento aún tenue regido por la humedad perpetua, aire dolorosamente puro a la respiración continua, el vehículo de transportes de pasajeros lo ha dejado en el cruce caminero que dista seis kilómetros del área predial acotada en el marco de su proyecto instalativo, sobre esa enorme frase caminera hecha de piedra arenosa y tierra, practica una caminata modélica que reiterarán sus pasos, su vestimentaria es la del joven mochilero universitario que recorre la ruta 5 en el verano, se topa con una cantidad exigua de caminadores y los saluda a todos con una inclinación de cabeza y un inaudible «buenas tardes», alguien le ha comentado que siempre hay que saludar en estas áreas de olvido, en esta tipología de llegada no hay recibimiento, su aparición es casi una invención del paisaje o una cota signada en un

mapa precartográfico, ubica el sitio-destinación guiado por un itinerario trazado en la primera hoja de bitácora que inicia, al confrontar ciertos datos previos con la mirada-registro comprueba que el terreno linda con el mar interior y con el camino costero, hacia el sur el monte boscoso que se extiende en una maraña verde oscura, toma posesión de los restos de una casa tipo «cabaña de placer» construida originalmente con motivos vacacionales por un hermano de su padre muerto al que en alguna oportunidad hubo de llamar tío, la casa ésta, según informes posteriores, sólo fue habitada en una oportunidad durante un fin de semana largo, semana santa de un año que el informante, un vecino fisgón que no tardó en trabar plática con el recién llegado, no supo precisar, este pariente habría intentado convencer a su familia de instalar ahí una residencia veraniega alternativa, cuestión que habría sido rechazada de plano por un grupo familiar no dispuesto al sacrificio, la modernidad del litoral central no era permutable por esta zona lluviosa y apartada de los grandes centros mundanos en donde el agua caliente permanente y el alumbrado público eran los requisitos previos a la humanidad, la casa parecía intacta por fuera, uno que otro vidrio había sido quebrado, supuso que por el juego de los niños del sector, suposición corroborada por el vecino fisgón, una que otra tejuela podrida, las tablas un poco descoloridas por la lluvia, algo de musgo en los aleros y el frontis, la presencia de una par de manzanos añosos y de algunos árboles nativos, además de



un ciprés europeo de mediana edad, atestiguaban un cierto gesto de racionalidad agroforestal lo que indicaba que la casa había tenido un pasado de familia vernácula, la actual había sido construida a partir de otra, esto era particularmente notorio en el piso apolillado y en los pollos podridos, todo fue corroborado en su oportunidad por el vecino fisgón, el corroborador también confirmó otras cosas como el robo de una cocina a leña, de unos colchones y de algunos utensilios domésticos no precisables, lo demás eran cercos semidestruidos, merodeo permanente de vacunos, ovinos y porcinos del vecindario que aprovechaban el talaje disponible en los alrededores, el clásico narrativo exige la caída de la noche, prepara café en una cocinilla de campaña mínima que trae para tal efecto, come el resto de un chocolate comprado en un quiosko del terminal sur, recoge restos de tablas y palos secos de los alrededores y hace fuego en una cancagua que en primera instancia humea el ambiente, pernocta sobre el resto de un catre desvencijado en el que acomoda su saco de dormir adhiriendo su maltrecha corporalidad sobre un entramado de tablas laterales, el resultado es una noche mixturada entre el insomnio y el presueño, el merodeo de los ratones y las picaduras de pulgas determinaron un despertar madrugador y ser el testigo del alba en pleno otoño, el sol exiguo de la mañana deriva en nublado amenazante a medio día y en llovizna persistente por la tarde, la mañana la invierte en un aseo ilusorio de la casa y en algunos actos domésticos de



urgencia y necesidad dudosa como inventariar un mobiliario en decrepitud y sin estatuto o limar las asperezas de los marcos de las ventanas, el desayuno y el almuerzo tuvieron el carácter de comidas de campaña, el primero consistió en el histórico café acompañado de galletas de agua sobrantes del viaje en bus, el almuerzo introdujo como variantes un plato de tallarines con un tarro de salsa de tomates, la tarde la invirtió en recorrer la parte no visible del predio constituido por unas 25 ó 30 hectáreas de las cuales sólo 15 tenían aptitud ganadera, en su recorrido utiliza un mapa aéreo de la zona adquirido para tal efecto en el instituto geográfico militar, dicha actividad indagativa lo sometió a la curiosidad absoluta de los lugareños que lo hicieron blanco de su mirada furtiva brutalmente hiperanalítica, podríamos dividir su recorrido en tres estadios diferenciales, el primer estadio constituido por la visión del paisaje instalado y filtrado por su mirada-ficción, recorrido de un paisaje o paisaje de un recorrido trazado por una visualidad anclada en la nostalgia de un mito de origen ad hoc, talvez una gestión retórica alusiva a un estado de naturaleza que se recuperaría como original, flora arbórea y arbustiva que intenta clasificar sin estatuto a la mano, espesura regresiva de un monte boscoso sometido a la tala indiscriminada, vegetación y follaje con carga simbólica sobredimensionada, humedad que satura los suelos y el complejo odorífero en explosión permanente, acaso el podrido de los troncos quemados sobre el barroso suelo, la

caducidad de las hojas caídas en el otoño cultural, acaso toda la red de las mutaciones de lo simuladamente vivo o muerto, lo seco luego húmedo y viceversa, acaso toda la institución de lo silvestre reinventándose bajo la regencia ficciosa de la histeria citadina, el segundo estadio corresponde al conteo de las praderas aptas para el pastoreo bovino, la huella animal que anima los suelos talajeros, la fecca razonada en las áreas restringidas estimulando la emergencia de lo que está en latencia, racionalización del uso de praderas para talaje directo de la bestia, plan de mejoramiento del forraje ad usum, extracción de la maleza indeseable que resta a las praderas su aptitud proveedora, deducciones fragmentarias del manual que hace de cita bibliográfica fundamental del proyecto instalativo, guía del camino real que le invenciona un acceso, talvez la pronunciada pendiente del lomaje le restara capacidad talajera y consecunciara erosión por el escurrimiento de aguas lluvias, talvez se le fuera la vida sometido a esta nueva retórica, el tercer estadio podría estar constituido por la elaboración textual de una ficción-pasión agroproductivista a pequeña escala en que invierte todo su delirio, imaginario opus cit alimentado a la luz de la vela, pulsiones no resueltas con la manualidad como mediación salvífica del trabajo material, el mundo se le aparecía en todo su fervor de tierra cultivada y cultivante, pasión de razonados pastizales y áreas seccionadas, toda una invención de la naturaleza a la mano de la cultura, de vuelta a la

casa experimenta la soledad del solo que emigra sin compañía, su proyecto intalativo también contempla de modo general la comparecencia de algún objeto del deseo de amor, tuvo frío y recolecta leña para calefaccionar la casa, el vecino fisgón que lo ve en estos menesteres le provee leña para varios días por una módica suma, estaba mojado por la persistente llovizna y se emociona idiotamente por ello, se cambia de ropas y cuelga las mojadas en un secador hechizo que construye sobre la marcha, taponea las ventanas que tenían quebrados los vidrios con restos de madera que por ahí encuentra, como ya es de noche enciende una vela que pone sobre la mesa-escritorio que pretende inaugurar para esta segunda función, bebe café y come galletas al mismo tiempo que extrae de su bolso de viaje la agenda-bitácora en donde debe anotar lo todo, es victimizado por la sensación temerosa y placentera de un inicio de aventura, reflexiona sobre los pasos a seguir en su pasión agrosilvestre, según la técnica del informe consigna el día recorrido, la ansiedad lo impulsa a dar una vuelta nocturna premunido de una linterna a la que asigna un alto valor instrumental, no sin tropiezos recorre un área de no más de 60 metros de radio de la casa, quiere acostumbrarse al oscuro de la noche rural en un mimado caricaturesco de la educación del guerrero, la imagen del nocturno rural lo remite a ciertas fantasías de infancia y adolescencia que generaron en él una fuerte voluntad de utopía agronarrativa, sólo el ladrido de los perros y el follaje de los árboles



sacudidos por un viento circunstancialmente suave se oye en el implacable de la noche que alumbrá con su linterna, el suelo accidentado de las praderas, los hoyos y cunetas de desagüe que se excavan para las áreas anegadas, y los renovales y arbustos le imponen una caminata lenta y a veces torpe, al volver toma la decisión de hacerse de un par de botas de goma ya que sus bototos no son aptos para el barro de estas latitudes marcadas por el invierno presente en todas las estaciones, antes de acostarse vuelve a consignar algunas informaciones en su agenda relativas a sus próximos pasos, hace un listado de materiales y herramientas que necesita adquirir y prioriza algunas actividades, duerme mejor de lo pensado y se levanta temprano, echa del terreno a cinco vacunos que sorprende merodeando y anota en la agenda la urgencia de arreglar el portón de acceso y el cerco que delimita el área de la casa, se prepara un café y come las últimas galletas que quedan y se marcha al pueblo recorriendo nuevamente los siete kilómetros hasta la carretera, le llueve a medio camino, llega al pueblo empapado y se dirige hasta un café que es el único que expende café express, allí también hay una chimenea en donde seca sus ropas, ha llegado temprano al pueblo-ciudad, antes de que el comercio abra sus puertas, aprovecha el tiempo para tomar un desayuno más verosímil que el anterior y toma nota en su agenda de los pormenores del día anterior y del que recién comienza, el uso obsesivo de la agenda lo introduce de lleno en el espacio narrativo, la agenda-



bitácora se le aparece con un género novedoso cuya pertinencia parecía ser la calendarización del cotidiano acontecible en todo aquello que tenía de personal, el orden del trabajo y de los días en una linealidad banal en donde lo habitual reemplaza lo privado, ese mes de marzo ya comenzado el otoño de las hojas del relato su voluntad de literatura trata de describir el área zonal en que se especifica, apurado de acontecer su cuerpo sufre la calma del antes del inicio, intenta trazar las líneas de lo que será su accionar futuro en estos olvidos, escribe y reescribe sobre la necesidad del instrumental necesario para el inicio de la ópera agrícola, escribe y reescribe la palabra clavos, la palabra hacha, la palabra grapa, la palabra estacones, la palabra alambre de púas, la palabra gualato, la palabra azadón, la palabra vaca, la palabra cerdo, talvez la palabra oveja, la palabra cerco, la palabra linterna, la palabra vela, la palabra café, la palabra huerto, la palabra abarrotes, la palabra imbécil, palabras todas que urdían una trama rural de sobrevivencia, escribe también aquellas palabras que trazan las impresiones del día anterior a la luz de las notas tomadas en terreno, da cuenta del vecino figón, de los animales que pastaban en el terreno de la casa, aunque siempre se sintió observado el vecindario le parecía poco notorio, esa parecía ser una regla del área, siempre se es observado, se vivía para observar los pequeños actos del otro, con el tiempo cree entender que esta conducta observante tiene un carácter defensivo, el acto observado era

objeto de relato cuyo personaje central era ejecutor de tal acto en cuanto cuerpo maldito dañado y dañador, en cuanto cuerpo maldito herido y heridor, en cuanto cuerpo maldito observado y observador, la llegada de un nuevo objeto de observación era de un gran significado para la renovación del sistema vecinal de control, permitía el renuevo del material para el relato rumor, cuando vuelve por la tarde con alguna de las herramientas deseadas en el único bus interurbano que una vez al día hace ese recorrido, se encuentra, en el pequeño trecho que media entre la parada del bus y la huella que enfila hasta su casa, con el vecino figón que iba folclórico con su carreta de bueyes transportando la cosecha de trigo para todo el año, éste lo acompaña hasta el portón de su casa en donde se detienen para entregarse a una intensa plática otoñal de carácter interrogatoria, lo interroga sobre todo lo interrogable en ese interrogante espacio de interrogación que comparten, indagaciones muy precisas sobre el nivel de motivaciones y razonamientos del migrante que migra a las áreas de olvido, sobre las políticas de trabajo del que altera sus rutas, intercala en el curso del interrogatorio un pormenorizado relato de la historia particular del predio en un intento por darle verosimilitud a la escucha, intenta introducir algún cruce y/o calce entre los distintos operadores o agentes que han transitado por ese predio que califica de tránsito, como tanto otros del área, y la operación actual con el inconfesado propósito de sacar algún

dividendo de ese imaginario, nombra y caracteriza en un listado riguroso a cada uno de los vecinos colindantes y cercanos, puso especial acento en la necesidad de tener sumo cuidado con cada uno de ellos sin especificar peligro alguno ni parcializar los porqué, se extendió especialmente en su historia personal aunque sin aditamentos disgresivos, pescador y marino en su juventud, leñador en guaitecas, esquilador de ovejas en Punta Arenas, peón de estancia en el sur argentino y desde hace quince años hasta ahora, ya jubilado, pequeño agricultor en un pequeño predio que aún litiga con hermanos, lo de estar jubilado le pareció divertido, al parecer la permanencia en su lugar de origen por muchos años tenía un cierto sentido de inactividad, de no trabajo, el trabajo propiamente tal se hacía lejos de allí, de ahí tanta suspicacia con el relato de instalación del huidor, también lo persuadió con respecto al modo de realizar ciertos trabajos y a la manera de relacionarse con la gente distanciándose en todo momento de su vecindario y sus fórmulas, relato múltiple de un relator múltiple, relator de la multiplicidad del cotidiano rural, relato que traza un esquema analítico del espacio de cita dando cuenta de una lengua de sujetos dañados por un habla que sólo puede hablar de ellos, de la rutina de los pequeños actos de norma, en ese contexto elabora su plan de sobrevivencia campesina rindiendo tributo a un cierto californianismo de posguerra retomado por una generación que le es cercana, el vecino fisgón le ayuda a cercar el predio a cambio de



favores futuros aún no establecidos, hay aspectos de su inserción rural no claramente establecidos en la narración, tal vez aspectos omitidos con intención extradiscurso, omisión magnífica como la de un aparato familiar que lo secunde y confirme como entidad socializada, la hembra del negocio matrimonial para la administración de las pulsiones esas con una ésa pulsógena, por ahora vuelven los trazos no lineales de la historia, aquellos rastros espesos de una re-pulsión que los reclama idílicos en el trance de los personajes zonales que aparecen y desaparecen en un ritmo norte-sur, así en el entarimado escénico una mujer esposante semi delineada por el relato tiende a hacerse visible en detalles de administración, por ahí vuelven aquellos trazos de la historia que nos hieren el olvido

trazo de la historia que resume las estaciones de la inmersión rural, en un par de movimientos trazados en rigor, ha adquirido en la feria ganadera más cercana un piño de vaquillas de aptitud lechera, consigue para su movilización por las rutas de tierra una furgoneta de segunda mano, invierte en herramientas de labranza, implementa una biblioteca mínima de temática agrícola, con el asesoramiento de un geomensor establece casi con exactitud los límites prediales siempre complejizados por una destinación física que aún no resuelve sus bordes



trazo de historia en que el articulador del relato ensimismado por el pulso de una retórica parcial arremete con el íntimo narrativo para ajustar cuentas con la ficción de amor que retrocede en cada uno de sus actos de inmersión, sus pasos pedestres colman de santo terror los volúmenes del enmarcado predial que lo soporta

trazo de historia en que un relatante sin misterio arremete con un retro-relato inmisericorde, acaso historias de amor, historias del abandono de amor, historias del exilio de amor, historias de la huida de amor, simple trazo de amor en que la pasión agrosilvestre hace de espacio sustitutivo (de amor)

trazo de historia en que un huidor se desplaza zonalmente hacia zonas inmemoriadas, sufrido y convaleciente de una herida de amor expuesta al aire húmedo de todas sus tardes, haciendo de sus desplazamientos posteriores un lento caminar de botas sobre el barro

trazo de historia en que el huidor ha tomado las herramientas de labranza como instrumento de olvido, ha sustituido programáticamente sus pulsiones y las ha reorientado hacia los suelos territoriales, hacia las praderas estrictas

del connotado rural, hacia las áreas específicas en donde pasta el ganado bovino

trazo de la historia en que el huidor habilita una casa en desuso para su uso habitual como casa habitación y se convierte en vecino de sus vecinos y sufre como ellos el horror de la vecinería como acontecimiento maldito, y como cualquiera de sus vecinos puede encontrar una húmeda muerte a orillas del mar golpeándose contra las rocas de la orilla cuando la marea declina

Algún relato anecdótico sitúa al huidor en el amanecer de un día lunes, motivado por una férrea voluntad de trabajo agrícola, como todos los días debe cambiar de potrero a las vaquillas, caminar un trecho variable que va de los quinientos metros hasta un kilómetro extenso en ruta ascendente y encontrarse con esas carnales moles hervíboras amaestradas para la producción láctea, aprovecha la caminata para la observancia del crecimiento de los pastos, descubrir en el terreno la ausencia de una vaquilla, emprender la búsqueda obsesiva por montañas y praderas, caer en la cuenta, dada la inutilidad de la búsqueda, que ha sido victimado por el abigeato, interrogar al vecindario por lo perdido, comentar circunstancias y señas que terminan sepultando el hecho en la opinión, ingresar al mundo de la

sospecha por las vías oblicuas, comprobar, además, al revisar el inventario de herramientas y de algunos insumos comprobar leves delitos, sobre los mismos recorridos de la búsqueda descubrir el talaje subrepticio de animales ajenos y el corte indiscriminado de las mejores especies arbóreas de la zona boscosa de su pertenencia, recurrir al vecindario que cree afectivamente más cercano para pedir asesoramiento y colaboración, y comprobar, en cambio, la evasiva torpe que delata una complicidad secreta, descubrir que la interconexión familiar parcializa el mundo y lo deshace en la latencia de la intriga invisible, ser victimado por el habla que goza hablar de la desgracia del otro, sensación que volverá a sentir años más tarde por el abandono a manos de una perversa que probablemente sea su esposa, interpretar las impresiones que dejan las huellas en el barro, espiar a los sospechosos surgidos de una ficción detectivesca que invenciona a la luz de una vela, ser espiado a su vez por los sospechados, compartir con ellos espacios de sociabilidad en donde impera el negativo mediatizado por el alcohol cuya rótula escénica es el acto pendenciero en protagonismo masculino, comprobar en el andaje analítico que el hembraje fálico-rural controla el circuito circulador del alcohol, sufrir la soledad de un Sherlock rural sin Watson posible que lo corrobore como entidad perspicaz, enfrentar con la mirada el desafío del sospechoso que se aferra a sus gestos de culpa permanente por el historial que lo cita, experimentar la indigencia



poderosa de ser otro absoluto internándose en los códigos secretos de la res familia, recibir favores no solicitados como declaración de inocencia por parte de insospechados, recorrer a caballo los lindes más extremos del área predial pesquisando los rastros del delito, trazar un plan para evitar la comisión futura de daño-delito, elaborar un informe referencia para sí mismo en torno a lo particular, hacer denuncia en la tenencia más cercana a sabiendas de su inutilidad, piensa, aquejado de una cierta dosis de paranoia, que el tipo de delitos en referencia son motivados por una vernacular voluntad de comisión de daño, supone la mediación intelectual femenina en la acción dañina al interpretar estadísticamente ciertos cruzamientos de habla provenientes de ese sector, discute ácidamente con alguien que podría ser una mujer sobre los procedimientos para enfrentar tales situaciones en el futuro cercano, durante semanas practica obsesivos recorridos nocturnos presumido de una potente linterna en demostración de estado de alerta permanente, decide reiterar en largos enunciados interrogativos algunas constataciones que trazarían un perfil conductual del área

Cómo madre los helechos crecen enredados en las quebradas, deshilachándose entre hilillos de luz que se cuelan por el ramaje de los árboles reptales, simulando una fauna acechante que atemoriza al paseador del bosque.



Cómo madre el barro se adhiere a las botas hermanándose con la bosta de potreros y caminos, esparcida por sus golpes de pies combinando vagabundeo y hábitos a campo traviesa, con el rostro salpicado como huellas de abandono.

Cómo madre el huidor vuelve a huir en la inquietud de un antiviaje con el culo a dos manos y marcado por ese enunciado que desde el interior de su casa le anuncia que el mal está precisamente en el afuera, en el allá donde los hombrecitos se pasean simulando labores agroparlantes

Cómo madre ese detalle bajo el frío de las tardes invernales, cuando el acoso mirón del vecindario pavorizaba su estar allí, con la seguidilla de extrañas visitas bajo la lluvia de un temporal, en una de las cuales un rural exhibía una herida de hacha en la frente producto de una riña de fiestas en la sede vecinal, alguien corrige diciendo que fue un botellazo, pero según sus registros la herida tenía la dulzura formal de un hachazo nocturno en la campiña, era el hijo del vecino fisgón que también ayudaba al huidor en algún área de la diversidad de las tareas agrícolas, muchacho atacado por un rival en amores y asesorado por sus hermanos, el hijo del vecino fisgón los enfrenta con la sola alianza de un amigo de parrandas y saca la peor parte, como parte de la lucha comparecen en escena la cita de los relatos del odio

interfamilia, todo precedido-presidido por la mediación alcohólica, se citan los amores ilícitos, se citan las corridas de cerco, se citan los robos de antaño, se citan el horror de la cita que citan, a partir de esa información, camino al hospital del pueblo distante 30 kilómetros, deduce que el vecino fisgón no era padre de su hijo, sólo se había limitado a criarlo siendo hijo de su madre, el padre del «hijo» del vecino fisgón era el padre del agresor, especie de Caín huilliche, zona ésta, piensa, en donde todos los hijos son caínes en busca de un hermano bueno o Abel que asesinar por envidia y como no hay hermano bueno optan por el parricidio edificante dirigido desde las sombras por las amadas madres, elabora estas banalidades antropológicas en el trayecto mientras maneja la camioneta que conduce el herido, la disputa continúa los días posteriores con el espectáculo de las imprecaciones, el padre del agresor, operador de un aserradero, delata al vecino fisgón y a su hijo adoptivo como los robadores de la vaquilla y las herramientas, así como del uso y abuso subrepticio de la capacidad talajera del predio en beneficio de sus propios animales, incluida la tala de troncos que él mismo había aserrado sin saber de su proveniencia, recurrir al aparato policial con una denuncia sin testigos, el acusador se niega a testificar con el pretexto de la ojeriza con que lo victiman las fuerzas del orden zonal, el acusado increpado por la víctima acusa al acusador en el capítulo de los troncos aceptando tácita y torpemente la culpa, pero agregando

sobre la marcha la existencia de un trato de favores no cumplidos por la víctima-huidor, acompañando su defensa con gruesos improperios y amenazas, en el marco no próspero de la gestión policial el vecino fisgón, estimulado por las barreras que el alcohol traspasa, intenta agredir al huidor con una garrocha para conducir bueyes en el camino que conduce a la playa, el huidor neutraliza el intento agresivo con el expediente de la huida, el manejo predial tiende al desorden al no ubicar gente para el trabajo, cree que en esto hay una complicidad total o una actitud de apartarse de la proximidad del conflicto, ya no se sorprende cuando a la siguiente semana sorprende al vecino fisgón y al operador del aserradero caminando amigablemente y en animada plática por la ruta que conduce al cruce con la carretera, siguiendo el itinerario de la ficción la mujer del vecino fisgón visita la casa del huidor en tarea diplomática que restituya algo de la dignidad a su familia, él no puede entender el carácter de una visita no beligerante en el estado de acorralamiento en que se encuentra, ella se sumerge en el delirio del relato de aldea racontando fulgores anecdóticos y expresando la imperiosa necesidad moral de reivindicar a sus hombrecillos a pesar de la maldad, restituirles la simbólica que ella les administra, de ahí la búsqueda del acuerdo, piensa

De ahí que unos cuantos habitantes repartidos en unas cuantas ranchas a orillas de la marea, esos todavía no



llegaban con esa malicia que lo pudrió todo, a pesar de lo perverso la vida sigue siendo tranquila por acá

De ahí que unos cuantos animalitos ovinos, unos terneros y un chanchito y prácticamente sola con un crío cuyo padre es un alzado, gentuza de mierda esa familia de víboras, con esa cosa de la risa detrás de una, como si una no se diera cuenta, a una la odiaban porque era agraciada

De ahí que sólo un sendero barroso y al pueblo había que irse de a pie o a caballo, y antes llovía más que ahora y pasaban meses que no se podía salir de la rancho, antes no se comía lo que ahora, había que guardar para todo el año, no como ahora que se puede comprar en los negocios, había que ir más para el lado del mar y no se tomaba tanto vino como ahora, había más embarcaciones y se viajaba más en lancha, la gente no era tan mala como ahora, pero igual se peleaba mucho

De ahí que mi madre me enseñó que tenía que cuidarme de la gente, ella no era como yo que soy media mala, ella era buena por eso vivió tan poco, poco más de sesenta no más

De ahí que sólo el horror bajo las nubes que pasan anun-



ciando la lluvia que nos quema, y todos alrededor de la estufa a leña tramando las pequeñas maldades que tonifican la vida de mierda que llevamos

De ahí que pasan los años y las cosas cambian, y por acá llega mucho más gente que antes que no pasaba nadie ni de visita, ahora en cambio llega esa gente rara que viene del norte, no como la gente que llegaba antes que era muy poca pero eran más piratas que los de ahora, hacían un negociado y se iban con todo lo robado, no como esos que de inicio se visten raro y hablan distinto como para confundirlo a una, pero una no se engaña porque los años le enseñan a una que no hay que confiar en nadie

De ahí que la mentira manda en todo esto porque habiendo familia hay líos de plata y de sucesión y hay que pelearla con los otros que nos quieren dañar para quedarse con lo de uno como ese que armó todo este enredo como si él no hiciera nada malo, siendo que ése y su familia desde que se instalaron aquí andan armando esos líos de contar mentiras a la gente

De ahí que la gente anda siempre con las cosas por debajo y esa gente viene del norte y fuman esa cosa hedionda que

plantan en invernaderos como el que tiene usted, porque aquí el clima manda otra cosa, y la gente dice que le pone rara la cabeza al que lo aspira por eso es que esa gente es como es, usted no porque usted parece bueno

De ahí que todo el mundo engaña, las mujeres y los hombres se engañan por esa maldad del instinto que nos manda, tanto animal que lo rodea a uno como que la gente se enferma con eso y le viene la cochiná, igual que a usted con esa mujer que se le conoce que es como una yegua suelta, no como usted que es tan tranquilo y bueno, hay pocos por acá y la mayoría son tontos o cobardes, en cambio los malos son vivos y felices, no como nosotros que lo pasamos en sufrimiento

De ahí que una viva la vida defendiéndose de los malos que siempre la acechan a una, es más fácil pa' los malos hacerle el mal a un bueno que a un malo porque éstos se saben defender, en cambio los buenos no, por eso siempre se los ve tristes y con problemas

De ahí que los nortinos que se quedan y que son buenos como usted terminan sus días tirados en la orilla húmeda cuando la marea está baja o terminan borrachos y locos

como ese otro que sale a tomar con los de acá y anda todo el día como un leso

De ahí que las mujeres sean todas medio putas porque tienen que sobrevivir junto a esos animalejos con cara de hombre que se les tiran encima sin que una se de cuenta, por eso las de ahora elijen a los que quieren posesionarse y le mueven todo lo que le puedan mover porque con esos los engañan y los otros que son tontos caen, así es como todo se asquea, inventan familia y la maldad se repite, mil veces repetida esa maldad, hasta que un maremoto nos castigue de nuevo

De ahí que sólo caballos para trepar el barro y los montes que se desparraman en el mar, así era cuando no había caminos y bajábamos hasta la playa para de ahí enfilear hacia el pueblo a buscar provisiones para el invierno que no para

De ahí que unas cuantas praderas y el resto monte sucio lleno de árboles hasta que se instaló el aserradero de Ese apropiándose de los campos con la palabra engañosa y a donde había terreno limpio ponían animales vacunos y ganaron plata esos condenados cruzando animales pa'l

continente y arrendaban terrenos, y sacaban toda la madera, y se quedaban con ellos como propios porque traían esos abogados del pueblo que le inscribían los terrenos donde el notario

De ahí que un sufrimiento de lluvia y animales flacos que se mueren en invierno mientras los otros Esos se ríen de la desgracia que nos petrifica, y una sola con los críos mientras los hombres se van más al sur o se embarcan y Esos malditos acorralándola a una

De ahí que el habla-rumor que nos circunda y nos inventa, y viene el cuenteo de los hechos que Ese y Esos hicieron con Esa, y todos quedan revueltos en la maraña, y ese ovillo no lo deshace nadie, ni usted

De ahí que la maldad de los malos recorra el área en que nos encontramos, por eso Ese malo me engañó y se aprovechó de mí por eso pasa lo que pasa y usted sabrá que yo no soy una cualquiera, yo estudié un poco pa'normalista en el pueblo, tengo más educación que toda esta gente, lo que pasa es que fui cruzada por la mala estrella

De ahí que sólo el tubérculo paposo sembrado en el



microespacio de la pertinencia autoabastecedora en el quiebre de la verosimilitud narrativa, y construir espacios para la guarda para evitar la pudrición

De ahí que sólo madre contra este mundo de idiotas, hombrecitos tontitos como todos los hombres simulando de machos, niñitos de los mandados que la mediación del trago los hace hombres por un rato, mocosos mugrientos mandados a hacerle el mal a una

De ahí que el estar paciente en estas latitudes de la nostalgia que es lo único que nos queda, de un ayer igual al de hoy, averiguados de que siempre hay que estar esperando ese algo que no llegó, marcando el paso como se dice, por eso es que no entiendo lo que alguien como usted pueda hacer acá

De ahí que sólo madre en un área de padres sin memoria, hombrecitos viajeros de las maldiciones recorridas, sujetos sin huella de destierro, sin una épica que los relate con asignación de identidad

De ahí que todo pudriéndose bajo la lluvia empecinada, el

demonio húmedo sobre el animalaje esquelético que usted ve, sin mirar siquiera las lágrimas guardadas de la fortaleza, perversión odorífera del húmedo musgoso que lo coloniza todo

De ahí que cuando llegaron Esos en un trato para una faena de roce, cuando el tepual estuvo ardiendo varios días, hubo un fin de pega y tomaron como condenados y se fueron a dormir menos Ese de quien le hablo, era de madrugada después de la fiesta y me ofrece su mala compañía porque estaba oscuro y una cree que hay buena intención y a mitad de camino me tira por ahí detrás de las matas y de ahí se me viene toda la maleza encima y que es la que impera por el lugar que usted pisa con sus botas

De ahí que la invención magisterial haga ese relato mitofolclórico del área, un hibridaje narrativo que se juega en la inversión político-cultural de un aparato institucional que lo recoge y lo reinvierta como margen local-social en un mercado cosmopolita

## ZONAMOROSA

El huidor, en sus requiebros de amor transferenciados, opta por la vía retirada. Un bosque distorsionado por faenas extractivas lo acoge en su delirio, orina a pleno placer sobre un podrido tronco de canelo desechado por sus taladores. El área forestal carece del verosímil racionalizado del bosque europeo, en el perímetro en que él transita comparece un renuevo forestal que comparte un mismo espacio con un bosque sobremaduro y acogido por la putrefacción de un húmedo que lo corroe. Sabe, por los relatos vecinales, que más hacia el centro el bosque se reserva las más nobles maderas que se resisten al deterioro. Internarse por esas espesuras equivaldría al extravío ciego, decide a cambio enfilear sus pasos hacia un renoval de árboles nativos ubicados a orillas de una quebrada que hace de límite predial. Las hojas caídas y los restos de ramas secas crepitan al romperse bajo sus botas. Se sienta sobre la superficie plana de un coigüe talado, aún enraizado sobre el suelo, del bolsillo de su camisa sudorosa extrae una copia de la fotografía que destaca en su mesita de noche. Se redescubre como figura retratada exhibiendo una

herida de prestobarba sobre su labio superior, dicha retratación lo remite a un relato que odia. Las primeras gotas que anuncian la lluvia se dejan caer sobre la copia en cuestión, el fino gotario de la llovizna desfigura su visualidad comprometiendo los desafíos de la memoria punitiva. Decide volver a la que cree que es su casa, el remodelado habitáculo de las pasiones rituales. En una decisión paralela ella reaparece en su vía. La tarde se hace particularmente lluviosa, casi anochecía. El perro ladró junto al portón en el mismo instante en que él aparecía por la ruta de los leñadores furtivos, precedido por esa caminata de vigilancia agroforestal semidistraída con que calma sus delirios. Ella aparece por la ruta costera, ambos, absolutamente mojados, se encuentran junto al portón cogidos por un ansia petrificada. Debe aceptar, en este nivel del relato, que la que acaba de llegar es o fue algo así como su esposa, la que ha vuelto después de una temporada de divorcio, ahora debe reconocer que él será quien deba irse, el que llega posibilita la salida del otro. Esa noche había cazuela de cordero, supone que además de querer cambiarse las ropas húmedas tendrá hambre y la invita a compartir la mesa que es la mesa de ambos. Cambiada sus ropas procedió a secarse el pelo en la estufa, como era antes, en esa postura le pareció como si fuera hermosa, pero antes de seguir adentrándose por esas rutas del recuerdo, neutralizó sus pulsiones lavándose las manos. Lo ofertado fue servido en la mesa con el agregado del vino tinto que suele



acompañar este tipo de comidas. Sus maneras de mesa constituyen una trama de serenas pautas, regida por su piel de blancas manos que resplandecen con la luz de la lámpara a gas de parafina. La tempestad de viento y lluvia se deja caer sobre la casa poblándola de ruidos letales. Comen en silencio parcelando sus hábitos e intercambiando miradas sin complicidad, pero de acuerdo tácito. Todo parecía funcionar apaciblemente hasta la irrupción bulliciosa de cierto habitador ocasional que suele aparecer por la casa, pariente juerguero y bebedor consuetudinario. Este incorpora a la mesa tres botellas de vino, además de la que ya comparece, por lo que se supone una larga sobremesa. El pariente dipsómano ama la plática dispendiosa e intenta la apropiación de dicho espacio en tal sentido. El rostro de la que cena, focalizado por el huidor, aún humedecido por la lluvia, produce un color que mima ciertas gradaciones como las de un anochecer estival visto desde un cuarto de hotel de provincia por un viajador que huye. Su mirada en retazos, fragmentaria, dividida en breves estadios de parpadeos circulares en el que estalla el efecto secundario del arco de sus cejas, se detiene en su copa a medio servir, a la espera de la extinción del bullicio derramado por el platicador dipsómano. Es posible distinguir una cadencia tras la observación detenida de sus fórmulas, leves tramos, intervalos tenues entre bebida y bocado, y cierto rictus que detenía sus hábitos de mesa para simular atender al platicador dispendioso. La lluvia sobre las tejuelas de

alerce bajo amenaza de un húmedo perpetuo, sobre la mesa el bebedor excesivo derrama el vino, quizás una torpeza de borracho que a un cierto nivel de conciencia acusa recibo de la exclusión de la comensalía. Para los que cenan la mesa sigue siendo un centro de operaciones de cierta retórica de la complicidad, la mesa como axis mundi de lo pequeño, superficie sacra en donde lo mínimamente comestible y bebestible arman hábito y sistema. En su materialidad más bruta, la mesa estaba compuesta por dos caballetes y una cubierta de tres metros de largo por uno de ancho, construida con tablas de mañío debidamente entarugadas y pegadas con cola fría. Ella ocupaba el extremo que da a un ventanal por donde se cuelan los relámpagos. En la comensalía chilensis este sitio es ocupado, preferentemente, por el padre; él ocupaba un costado, casi junto a ella en el vértice derecho. Al extremo el torpe platicador borracho monologaba sin destino. Este semivacío de la última cena compartida, impregnaba de hálitos de gravedad a los cenadores. Por momentos ella parecía sonreír, ese era su gesto más descollante, la emisión periódica de dicho gesto coincidiría con el destello pausado del relámpago. Continuaba su gesta estructurando sus hábitos de comensal de corte con toda una imaginería del tacto en que las yemas de sus dedos efectuaban finas operaciones, tanto a nivel del contacto directo con los bocados como en el uso del instrumental ad hoc. Eran pequeños actos epidérmicos racionalizados por un espec-

tacular rigor deconstructivo, armando y desarmando ese micro espacio de la deglución. Dicha práctica anunciaba un abismo en que él era incapaz de reconocerse y menos al dipsomaníaco. Torpes comensales generalmente abandonados a la suerte de un placer de sobremesa. La cena vernácula ofertada, sumados los aditamentos intraculinarios que la conforman y la cadena gestual que caracteriza sus maneras de mesa (manejo de utensilios, manipulación y degustación alimentaria cuya normativa rigurosa presenciaba atónito), determinaban un quiebre que, por un lado seducía al espectador y que, por otro, lo sumía en un desarraigo cultural absoluto, en una orfandad mitigada sólo por una comensalía ligada a la cultura de las libaciones. Sobre la misma torsión estilística adviene la apelación al discurso, a la trama culinaria ofertada como escena recién constituida, articulación primaria de una oferta como mesa de operaciones significantes. Apunta su foco de habla en dirección al plato de greda, que el mismo le ha servido, como continente de la cazuela de cordero, despachándolo como arbitraria opción de un gratuito de la modernidad nostálgica que recicla un objeto folclorizado para la invención de un imaginario fundacional. Reivindicación del barro cocido como originalidad naturalizante, referencia a la tierra matricial como continente de los contenidos posibles, ofertados en cuanto matriz ofertante de un deseo. Es probable que delire cuando, a propósito de la apelación a los orígenes, supone que el plato de greda en su redondez



mima esa imagen primigenia del planeta proveedor. La vajillería campestre, a pesar de estar marcada por la ideología de la recuperación telúrica, parecía satisfacer una escena compuesta de gesto y comentario, atingente/contingente, en relación a los síntomas de la histeria amorosa. Sumado a ello, en una especie de subcategoría, detiene su mirada en los vasos de greda que armarían un sistema con los platos, estructurando así lo que podríamos denominar una gramática de la vajillería rural. En esa opción pretende entrever una tendencia marcante por la anticristalería que, al parecer, no suscribiría por el artificio exotizante involucrado allí. El signo transparencia del cristal permitiría que el contenido de lo bebestible ingresara a los registros visuales de modo de ejercer la necesaria clasificación del mismo, a la luz de una teórica cuyo propósito fuera la proyección de una leve sensación de espejo. En el caso presente comparecían mezclados los vasos del juego de la vajilla de greda y las copas de un juego de cristalería barata, los primeros reconocían su origen en algún lugar del norte que podría ser Pomaire y los segundos en una ferretería del sur. La mujer y el dipsómano bebían en copa de cristal y él, por arbitrariedad y/o desorden en los lugares de guarda de dichos utensilios, bebían en una vaso de greda. Describía éste, como una pequeña cueva misteriosa cuyo contenido oculto a la mirada que lo escruta inseguriza la catadura. Comenta, en el delirio del comentario, que el vaso de cristal originalmente habría cumplido la función



de segurizar al príncipe en las cortes signadas por el maquiavelismo, neutralizando o paralizando la intriga inscrita en el imperativo de un brindis. El bebedor consuetudinario propone a la luz de la reflexión-delirio, un brindis del tipo campechano para remarcar las distancias culturales entre una vajillería y otra, brindis al cual toda la mesa accede. El huidor, sumergido en la analogía, intenta una recuperación exótica de la tez gredosa pálida de la mujer, lo que se haría espectacularmente notorio por el resplandor que produce su rostro al destello de los relámpagos y, como en este caso, cuando procede a echarle presión a la lámpara de gas de parafina su rostro se enciende adherido a esas mismas tonalidades. En los momentos en que la mujer se llevaba delicadamente a la boca la copa del relato, su rostro fue interceptado por un nuevo relámpago y el parpadeo de sus párpados tuvo un definido efecto de redundancia gestual que invadió de excesos la comensalía. Para él no cabía duda, con ese resplandor ingresaba a los archivos de la nostalgia, sobre todo en el capítulo de la recuperación del deseo. Era muy probable que por la vía de esos leves actos de norma -degustar, catar, manipuleo de utensilios, gestos de seducción casi imperceptibles, la mirada que escruta, la casi sonrisa- los simples afectos se transformen en pulsiones que quieren verificarse en habitaciones quietas, en donde la madrugada se instala perpetua en el semblante de los ebrios del deseo. El huidor, buscando ampliar su retórica hacia el área de lo específicamente culinario, le oferta

ensalada de tomates con cebolla, su inconfesado propósito es hilvanar relato del tema «cazuela de cordero» y sus variaciones posibles, apelando al campo de citas abierto por la circulación, por la vía de redes del consumo y del deseo, de las carnes rojas. La supone interpelando a la textura clásica de las ofertas del deseo, la ofrenda del cordero a la divinidad, en ese instante mítico de las mesas servidas, en la disputa por el sitio del padre que acontecería entre comensales bebidos, en la tragedia de las miradas confrontadas, en la comisión de una plática como daño inflingido a un ausente, en la banalidad de un relato como apuesta del deseo y la regencia anónima del sitio del padre. Por ahora, en dicho sitio está ella, la muy ella acaba de aceptar cortésmente una ofertada ensalada a la chilensis, procediendo de lleno a investigar acusiosamente con las puntas del tenedor el grado de amortiguamiento de la cebolla. Combina en la deglutio trozos de cordero asado y porciones de ensalada de tomate con cebolla, tejiendo con ello una anchurosa red en donde el campo de lo comestible se nos instala como raconto mediterráneo de una cultura concebida como mesa y comensales que la circundan a la pesquisa de un objeto deseoso que «ama ocultarse». Por otro lado, el ofertador intuye que la combinación de cebolla y tomate tiende a neutralizar la pesantez de una carne de alto contenido graso como la de cordero. Este sería el efecto de ese bulbo comestibles de capas fibrosas, de aroma fuerte y de picante sabor, en circunstancial alianza

con la espesa jugosidad del tomate globoso. En la historia de la cocina occidental, la carne de cordero comparece secundarizada en relación con la carne bovina. Se la podría asociar a la marginalidad de las zonas australes, aunque la literatura clásica la referencia en muchos episodios periféricos de comensalía judeo cristiana. Piensa que ella piensa en la cita bíblica, que le serviría de sustrato al comentario, o en la destinación homérica actualizada en el acto de sacrificio de un cordero por algún anfitrión insular-peninsular que se juega la imagen personal en la atención a la visita. Imagina que el componente acuoso de la cazuela sobredimensiona la oferta gastronómica, esto es posible suponerlo al comprobar que la visita ha diseñado un plato alternativo al separar la carne del contenido acuoso y al aliarlo con la ensalada. Plato tercero cuya opción de síntesis podría apostar al retorno de lo local o a lo local como retorno. Fatídica opción si se toma en cuenta que el dipsómano ha cerrado filas con el tercerismo gastronómico para aplacar los humores de la borrachera. Este se sumerge en el hastío y abandona la escena hacia un espacio más acogedor para sus deseos. El huidor hace pausa retardando el flujo del relato, el temporal continúa pero intermitente, retomará fuerzas, no cabe duda, hacia la madrugada, los vientos lo favorecen. Estos estrellan la lluvia contra las ventanas y por ésta ingresa la luz de los relámpagos, gotas de lluvia se cuelan por los marcos descuadrados, una gotera en el techo hace rato que ha mojado el piso de la



cocina a un costado del comedor, el viento que se cuele por algunas rendijas imperceptibles mueve las cortinas. Ella y él parecen sonreír tontamente al quedar solos en la mesa después que el hiperetélico se ha ido. El huidor bebe y la invita a un brindis que no brinda por nada. Adviene raudo el corolario dulce de las comidas llamado postre, justificado sobre todo por lo excesivamente salado de los platos ofertados. En este caso no es mucha la diversidad de lo ofertado, ella adhiere a una variedad de manzana fuertemente ácida que hay en la región. Elección que permite oponer teóricamente a dos componentes comestibles que han comparecido en la mesa, la cebolla y la manzana. La marca de lo subterráneo en el caso del bulbo y la perspectiva área del fruto del manzano. La dulzura ácida y lo picante perturbadoramente aromático. Y en la analogía más general y trasnochada, ya aquejado por el amor zonal de los reencuentros vía consumo alcohólico, el cielo y la tierra en lo absoluto de la hipersimbolia. Guiado por la arbitrariedad de tales antítesis observa atentamente, en el proceso de masticación-deglución, a la mujer que manipula la manzana. La observación advierte que el objeto es pelado y manipulado, mediatizado por tenedor y cuchillo, lo que permite deducir que corte y punción definen ciertas reglas de operatividad en la zona marcada de los placeres de mesa. El ruido que producía la masticación de los trozos de manzana en su boca se asociaba rítmicamente al ruido de la lluvia cayendo sobre las tejuelas de alerce. El quiere



instalarse en ese desvío propuesto por la humedad ambiente, sancionar lo comestible con las agüitas post cena. En un comienzo se pensó en la opción cafetera, tal vez la más obvia de las opciones, pero no, una agüita de menta fue la solicitud. Esta tenue subversión es comentada por el ofertador en un planteo de criterios concontrastivos en donde las agüitas quedan suscritas a la medicina popular. Las marcas de lo vegetal-natural le armarían el previo, la razonada anterioridad de lo bebestible, el hervor que extrae el sumo que aliviana el estómago después de una pesada comida. El ofertador, en este punto, también le oferta un otro comentario ramplonamente levistraussiano al emparejar las nociones de lo liviano y lo pesado como par opositivo que estructura un área extensa de la cocina nacional, más aún, su definición estaría dada por la primacía de uno u otro rasgo alternándose según sea el contexto culinario de los agentes o la ideología que suscriban al respecto. Lo liviano, agrega el ofertador obseso, se asociaría con lo vegetal verdurero-hortalicero y lo pesado con las carnes (en alianza muchas veces con los hidratos de carbono u otras secundaridades de lo comestible). La mediación del agua alivianaría el exceso, la carne coccionada (sancochada) se hace leve, el agua purifica y limpia escamoteando el contenido tóxico-placentero de lo pesado. Lo liviano se ubicaría en el área de la salud o de los registros de lo saludable, de ahí se desprendería otro parcito de opuestos, el compuesto por la dicotomía placer-salud. El

área conceptual aludiría a las dos grandes tendencias de la cocina, por un lado la nutricional, regida por la lógica de la alimentabilidad -seguía lloviendo- y, por otro, el placer de la buena mesa como vías posibles de la pulsión. Aquel costoso placer insano que consecuencia acidez, indigestiones y variadas patologías, aquel cuerpo que entre más goza más cerca de la muerte se ubicaría. El huidor cree advertir tedio en la visita, supone que ésta querría que el relato sufriera algún desplazamiento. Decide intentarlo dentro de la misma línea temática, describiendo las funciones masticación-deglución, todo esto inserto en una no simulada estrategia de seducción, rasgo común tanto para la comida placer como para la comida nutricional. Pero lo propiamente placentero estaría constituido por el rasgo degustación, por el dispendio alimentario. De ahí que la agüita de menta, le menciona mirándola fijamente a los ojos, surgiría como una concesión a la concepción nutricional de la cocina, irrupción de la asepsia de lo liviano en la cocina clásica. Cree que la apelación al código aromático (al optar por la menta), a pesar de la aparente contradicción (la negativa del café como corolario de la pesantez) implicaría un cierto escamoteo de lo saludable a la yerbita medicinal y la reivindicación de sus ocultas dotes afrodisíacas, operándose una recuperación de lo carnal vía desplazamiento de lo vegetal a lo carnal. El se juega a ese arbitrario porque le reportaría algún beneficio post sobremesa, probablemente pensando en los lechos del discurso

amoroso en los que querría recostarse con su retórica. El paso escarpado del aroma bebestible a la carnalidad vegetal se le presenta como un hueso duro de roer. Cree, además, que la visita, la mujer, suscribiría la tesis, no sin antes cierta práctica persuasiva, de una clara genealogía de la carne como elemento significativo proveniente, en definitiva, del área extensa de lo vegetal, de los herbívoros que pastan en las praderas enmarcadas. Práctica material razonada por el pastoreo como tecnología agrícola específica, desprendiendo, de una vez por todas, de esa zona confusa, el contenido bucólico literario que se le adhiere desde una razón rural urbanamente determinada. El huidor, inmerso en la res agrícola, trama en la sobremesa breve aquel relato que le devuelva el irrescatable histórico de una pasión, inscrita en un cuerpo irremediabilmente móvil y fugaz. Ya es pasada la medianoche, la cena, casi no cabe duda, ha cesado, él lava la loza y despeja la mesa de todo aquello que constituyó la cena, ellos se miran a sabiendas de que será una de sus últimas miradas. Como corolario de la sobremesa deciden pasar la noche juntos. El temporal arrecia y no parará en toda la noche, cada relámpago encenderá las ventanas y él sentirá más temor del que ella podría llegar a sentir jamás, en esas zonas de gesto y desperdicio, retóricos.





## NOTAS A LA ZONAMOROSA

Al otro día por la mañana temprano, cuando el temporal de viento y lluvia había cesado y sólo persistía una leve llovizna amenazante asociada a un pálido sol que quería asomar entre las nubes, decidió dar una última vuelta por el bosque, sin antes ojearla de cuerpo entero y renunciar sobre la marcha a la intención non santa de sacarla de sus sueños y envolverla con torpes prácticas de mañanería erótica. Camina desde la que creía era su casa hacia las rutas preforestales recordando los días de la Pulsión. La pulsión de las agrícolas, la pulsión de las no doncellas, los rostros agudos de la impulsión en que se saben los zonales, habitantes de lo oculto que ulcera a distancia. En el dibujo del mapa de lo ocultado, detrás de las matas de la zona arbustiva previa, el intocado amor de jeans y ensortijado pelo se adhiere a los rastros que el huidor deja por el bosque. Tras las matas una «papa caliente» se le escurre intocada, violando los nexos que despistan al imaginario amor, amor que esquiva la naturaleza arbustiva y plena de espinas que crecen en los claros. Detrás de las matas el amor de los montes, montes talados hasta la podredumbre

de las taladras, amor de ciénagas, áreas del olvido de amor y cubiertas por la lluvia, los pisoteados charcos del amor cochino. Amor cagando detrás de las matas, amor tras los matorrales como locus alternativo de lo nupcial. Amor de atrás que transita por las transitadas huellas del deseo. Arte de amor de la novela del arte, propuesta inverosímil de amor en las áreas de la maldad (de amor). Ese mismo día ella es sorprendida por la ausencia de su compañero de lecho y decide seguirlo por los caminos de alternativa, en algún recodo de esas rutas ella surge de detrás de unas estratégicas matas, él no se sorprende, pero se asusta, aún así es capaz de decirle en tono semi-monacal que odia el amor de los que aman, ella le responde que estamos obligados a amar ese odioso amor que nos fecunda como apostura del imaginario deseo. Ese día se invistió con su faldón de blanco lino, instalándose desafiante manos en jarra ante el paisaje de invención zonal, pechos erguidos simulando petición frutiva, un polerón oscuro que la remitía al ámbito de lo deportivo, cariño malo aferrado a la memoria ficticia de la alta costura ruralizada, falda a media pierna, removida por la brisa leve de la mañana. Detúvose en esos cortes invisibles que daban a la prenda un compacto evidenciable en su caída tersa, la textura rugosa del lino era el correlato del liso de su piel sometida al tímido sol matinal que surge de un nublado post lluvia. El supone que la vestimentaria exhibida es muy cercana a una cierta juguetería del disfraz, a un cierto modelado de una petri-

ficada infancia resuelta en el cambio y recambio exhibicionista de tenidas de princesa y gitana. Indumentarias de la pulsa y repulsa, vestimentarias de los reencuentros, vías posibles de la pasión o cruce de los cuerpos intocados sometidos al irresoluto. En ese contexto ya se acerca el tiempo de la huída, resuelto, en parte, por la posibilidad del tránsito vehicular (motorizado) de máquinas dotadas para operar en las ásperas rutas del *wrong way*. El huidor transita huyendo por esas rutas instalado en el volante de un vehículo de destinación agrícola. Tras el último paseo por el bosque el huidor opta por la vía retirada. Sus ropas parecen ya constituir una vestimentaria para el olvido, zapatos de calle, pantalón de cotelé, chaqueta de tweed. Instalado frente al espejo retrovisor maniobra el vehículo en un nivel de retrovisión o visión-retro que le permite visualizar un paisaje otro en la distancia de una inversión en que se retrata. Apegado a dicho objeto retrovisorio, cual tocador ambulatorio de las rurales rutas, que le devuelve el horror de lo ya pasado como drama actuante, visión trasera de una escena rural como rito de maldad. Ella, que lo acompaña hasta el cruce de caminos en donde hará trasbor-do para tomar un vehículo más institucional de huída, le habla de las retropulsiones del ayer que ahora sepultan invirtiendo más de alguna lágrima en una micro empresa de rescate rural de los afectos. Paralelamente, la retrovisión del espejo le habla de los parajes que quedaron suspendidos en el imaginario natural, que se derriba aquejado de



antropomorfia maldita inventando un heridaje perpetuo para el cuerpo que ama, una úlcera permanente en las superficies que el amor toca, amada mía. Un yo hablado desde la situación de retrovisión que, abierto a ese campo escenificante, queda impreso en el detrás de ese pequeño acto de muerte, y ahí se retrata en la postura huidiza del olvido. Se retroalimenta de ese reflejo reflejante mientras le siguen hablando de los retazos del moribundo deseo sepultado bajo la humedad de las mil lluvias y del recuento de los pequeños horrores del paisaje de invención. Ella, pensada por el ayer como pérdida energética, rearma un esquema de anterioridades visuales en el que él se reconoce como parte del paisaje y dice, o quiere decir mientras solloza:

-y si yo me deslizara en salivales besos por tu cuerpo haciendo y rehaciendo ese dibujito invisible que te reitera en cada una de tus partes con toda la humedad del escupitajo adherido de amor, si en ese seguirte por montañas y praderas hubo huellas de amor pulimentadas quisiera algún día volverlas a inventar en el mismo sitio de su estampa, pienso en ese rastro que tus dejadas botas imprimieron bajo la llovizna en que nos sepultábamos rearmándonos para la lucha contra los demonios, en esas instalaciones del deseo te hiciste a la cultura de los suelos mandándome a la chucha en peticionados mandamientos y



programas alimentados por la escucha de las pequeñas guerras, en marcados momentos de obsesos recorridos en que me dices negra siendo yo blanca y me repulsas con tu pulsión retrovisual de los paisajes en que nos pulimentamos, en ese espacio de lo abierto in extenso me dijistes que sobre ese pálido cutis que es el mío instalarías tu trozor - que es rostro y trozo- para recorrer ese estadio anterior del rostro que es el mío, que también es mi boca como preámbulo para la ocupación de todo el resto de paisaje que sigue siendo el mío en esa posibilidad no recurrente de la re-pulsión que me hace otra, otra en la retro-pulsión del acontecer de un uno sobre otro/uno que soy yo, otra en los sinusoidales caminos no recorridos por la abyección, otra tras los matorrales diciéndote porqué me enrostras tu trozor en el instante límite de rostros al acecho, otra tras el trozo que me trozas cuando me lo penetras, otra negra no soy ni lo parezco ni aún en el más oscuro del bosque que nos cubre, pero soy otra y no reniego, porqué esta maleza espinosa de estos campos de impulsión, porqué la otra que soy se reconoce como agrícola walkiria en las praderas extensivas en que nos revolcamos, porqué mi pelo que sueltas al viento sur y que se enreda en las matas espinosas tirándome al suelo-en donde me coges con delirio-te convoca tanta imaginería retórica, oscuridad de mis matas peludas que te confunden con su réplica de cambios tonales y en esos rigores me desarmo ante tus ojos sin polera y sin jeans exhibiendo mis peludeces y mis peladeces en todo el

pálido extensivo de mi cuerpo, en tu retrovisión, en tu retropulsión, en tu reciclaje, en tu pulsiva memoria de noches alargadas en que alcanzo a retener la anécdota del largor de una noche de luna relatada en tono monologal por el que huye que eres tú, reinventando la perversión de una nostalgia en la reiterada ocupación zonal de un área de adicción sanitaria. Su reverso: las amplias avenidas de lo silvestre en que nos retratamos a campo traviesa, con profundidad de campo como decorado de pictóricos trazos, y exhibir permanentemente la mirada de lo instantáneo predador, aquello que quedó en los registros de habla como fijación de los horrores más domésticos en el entonces de adioses. Si yo, adherida a los pliegues más recónditos del relato de área me inscribiera como cronista de la succión (objeto húmedo de retención con goteo dosificado) daría cuenta de la razón intimista alojada en los murmullos de la ficción, exhortaría a los odiosos de la proximidad a revelar su maraña de rumorosa intención, apelaría también a ciertos estadios de la razón de olor enquistados en el ambiente húmedo, qué de tramas rogativas no haría mi sistema procesual para inscribirte en mi huella testamentaria, todo el sanitario de un cuerpo/puerco que comparte identidad gráfica, conmutable, con el satanizado evento de la maldad tatuado en delicadas líneas que bordean la escena, tanta es la locución delirante en la que me sorprendo que hago un recetario de perversiones domésticas para las catástrofes de intimidad, y así instalada en el desprecio de

eso otro que eres tú y lo otro que te arma, paladear las secreciones de lo brutal como inversión maldita, todo este cuerpo de lo secreto como estética de lo vacío, hasta cuando mi infierno te visita en la reiteración de mis tristes tópicos, hasta que el furibundo deseo haga estallar el no dorado de mis cabellos y el cálido de mis venenos te inyecte, hasta las marcas de lo profano como rutas de recorrido, y yo que soy mía te digo que el recuerdo no es historia y tú sabes mejor que yo que la historia es el anagrama de la histeria, alguna vez la describiste como voluntad de ficción de aparatos en disputa, yo era urbana de la no ciudad desprendiéndome de mil objetos, usar tu lengua para objetivar mis deseos se constituyó en un sistema de paradójales normas, uso plebeyo de las claves de amor, programáticamente me afirmo en esa poética del desprecio, en la ansiedad no angelical de las iniquidades carnales, en los escarpados suelos de lo cutáneo en que sigo siendo la no negra que simula posesiones, es raro pero no tengo memoria para contar lo contable, y he de recordar que el amor es sólo recuerdo de amor y no sé nada porque no tengo memoria amorosa, todo es hoy y soy yo misma, y el otro que podrías ser tú no existe, porque nada me acuerda de tí, a veces me pregunto si no me habré iluminado y todo este delirio del desapego sea el síntoma inequívoco de superación del nivel de lo terrenal estricto, toda mi ficción es para un mañana de cortesana de alcoba junto a un poderoso que soy yo, mi relato predictivo diría:



que el trazado rural de nuestra calle ñuñoína será sepultado por el nuevo plano regulador, que la voluntad de utopía es memoria fallida, que el dato de cultura es un escenario de consumo suntuario (yo en jornada de compra por el parque Arauco, deteniéndome en una tienda de vestimentaria probándome un traje negro con encaje, con amplio escote y sin espalda, su transparencia realza el negro de los pezones, la falda a media pierna de un sedoso brillo, jornada invertida en el vestidor de una tienda de los ricos, la danza de telas vaporosas en un tinglado de espejos, de todo ello hay versión residual en una casa rural de áreas citadas, el trazo patético de trozos de historia en que se visten y desvisten santos, el recuerdo de tus manos como sostén culo mientras desfilaba ante tus ojos con la moda que creíamos modélica, el espacio que mediaba entre el vestido y el desvestido era un capítulo disgresivo de alcance micro regional, esta ruta alternativa de la deseosa mirada ocupaba múltiples compartimentaciones de lo casero, podía aparecer bajando las escaleras hasta el living room, saliendo del área sanitaria o baño -que le nombran con pormenorizadas prendas mínimas o deambular dancística con aditamentos hortícolas incrustados en la soberanía de los huecos, abrigos de gruesa piel podían intervenir sin la mediación de prendas intermedias, siempre simulando la negra que no soy ni seré, y el suelo de tus monotonías representado en una alfombra en que me envolviste para desplegarla luego, cual funda de objeto



sorpresa victimado por un juego de nudo y desnudo, cuanto colgajo agrosilvestre hube de disponer en mis áreas blanqueadas, todavía hago el itinerario de esas rutas de investidura que tu lengua relata (osó humedecer), que el envoltorio de lo periférico era una histeria diferida por los ritos de habla, que uno de los posibles juegos de ocupación de áreas era uno histórico y acotable y que tenía que ver con tu apelación a cierto dato de cultura: Se dice a simismo que podría cantar toda la noche ante el espejo del baño rural. Baño de madera recubierto de vinilit para evitar que la humedad lo cubra. Situación regresiva ésta de encerrarse en el baño para efectuar una instalación de obra -sanitaria- en la que comparece como relato actuante, como sujeto cuya consistencia objetual reside en las soledades autoreferidas de ese espacio asistencial-existencial. Se ubica en esa zona sanitaria y en primera instancia la ocupa como tocador -el salón de las acicalaciones-, zona excrecional de variada tipología revertida en teatro de operaciones corporales. Paralelamente canta con ese canto sin expectación pero frente al espejo, con esa pseudo otredad delírica que nos devuelve el peso de los años. Canta a pausas, pero canta de amor, canta de amor no correspondido acicalándose ante la sala de espejos de la sala de baño rural. No se trata, lo sabe bien, de coronar su ingreso a las rutas del desenfreno, no, sólo se trata de un lapsus para la fantasía, un leve despeñadero, quizás para internarse por la vía abyecta. El se ha desnudado, ha prendido la ducha y se

ha metido en la bañera, y ha interpretado para sí mismo sus temas preferidos. Le hace al bolero y al tango, es eximio en esas latitudes de la canción popular, toda una faena de aliteraciones en ese micro descampado. El goteo de las gotas te semi adormece y gimes, siempre inmerso en el *cancioneo* sanitario. Intespectivamente cortas la ducha, te ha ahogado un tanto el vapor del agua caliente en ese mínimo espacio, has dejado de cantar por un instante para imponer ese vaporoso silencio que siempre te ha fascinado, sólo interceptado por el estanque de agua del excusado. Te sales de la bañera y vuelves al circuito abierto por el espejo que te refleja de cuerpo entero, aunque has debido desempañarlo con la toalla. Abres una pequeña ventanita para dejar salir el vapor, siempre ocurre igual, el vapor no mancha pero oscurece la vista. Respiras profundo por el huequito de la ventana abierta, te peinas a la cachetada referenciando a un grande de la canción, te enjuagas la boca y haces gárgaras convulsivas en el lavatorio, escupes furiosamente toda la carga salival mixturada con variadas adherencias, te sueñas muy bien la nariz excarbando en ambas cavernas, repasando minuciosamente sus paredes interiores y echándote agua a destajos, no quieres que ninguna asquerosa mucosidad te impida el libre flujo del aire. Sólo así te decides seriamente a ensayar las primeras posturas y giros dolosos de la voz. Afinas el instrumento con timbres y sonoridades semi precisas como jugando con ciertas discordancias. Así, de ese modo, en esa tonalidad

de ánimo en la que sólo el bienestar es posible, en esa calma rabiosa de la solitaria producción bucal, solo, en esas comarcas de la ficción sonora, da inicio a su auto de fe territorial. Aún así, a pesar de todo el despliegue, algo huele mal en todo esto, parece pensar mientras acontece una pausa intervocálica, un hedor maligno osa entrar en escena. Tal vez una recordación odiosa, un lapsus depresivo o algo definitivamente narrativo, capaz de despertar el interés por la historia contada. Alguien que, posiblemente, te diga tras la puerta que hay noche de luna y agrega el epíteto loca. Alguien que te lanza algún deseo para recorrer algún paraje de tu piel tersada por el agua caliente. Te exigen a gritos la apertura de la puerta de la sala de baño rural, acusándote nuevamente de insanía mental insistiendo en el carácter desesperado de una insatisfecha pasión. Y tú tras la puerta, encerrado como bestia en furia, cantas, sí, cantas como opción sustitutiva. Para una posible audiencia no sería difícil reconocer en esa escucha tu bip bop prerrockero y pseudo tropicalón, se te imagina frente al espejo con tus modulaciones bilabiales iluminadas por el reflejo de la luna, se puede suponer que de ahí no saldrás sin mácula. El desparramo de tu canto llena la casa de rumores benignos, como que de tu canto no surge un cristalino texto comprensible para una cierta escucha, serían como galimatías de un sujeto sin juicio. Alguien insistente, te implora que abras, pero ya es imposible que escuches, lo único definitivamente escuchable es tu



vozarrón de negra. Y *dele que suene* tu garganta furibunda, como que la sonajera esa podría venir desde la zona estomacal en una aleación grosera con el aparato fonatorio, determinado todo por esa tremenda caja torácica que asemeja un viejo mobiliario. Espectacular torrente sonoro que en un gargajeo solemne brota como en un antes del lenguaje, de ahí que suene a medio bestia el granulado de tu voz. Tu maculada voz, exabrupto de bocanadas sonoras, compromete toda la estructura o aparato fónico en su torrente delirico: sonidos esofágicos, faríngicos, laríngicos, palatales, linguales (dorsales y ápicolinguales), labiales (en múltiples combinaciones con la lengua) y nasales (con variaciones orales), que conforman un ámbito de lo sonoro que construye escena íntima a más no poder. Cantar frente al espejo como antecedente lejano del video clips, como espacio intimante de la representación sonoro-corporal, creará acaso que el espejo le repite la voz como un eco visual-sonoro. Sus altos, sus bajos, sus ronquidos, sus gruñidos, sus chillidos, sus gorjeos, sus caracajeos, sus chiflidos silbantes, sus frases prealfabéticas y sus aullidos de bestia montañosa, arman una escena en falso que parece ser su apuesta lírico-narrativa. Una apostura bárbara sopranizando la esfera doméstica desde la sala de baño como central operativa. Alguien que sigue tras la puerta ha decidido, después de tanta súplica al vacío, instalarse como auditorio y se interna en el área acotada de tus registros sónicos. Quien escucha por no poder mirar, supone -ahora

que decides volver al área de la canción popular continental porque lo otro sólo era el preámbulo ritual de todo comienzo escénico- que cierto tiritón de la voz a final de frase en uno de esos boleros de la década del cincuenta que interpretas frente al espejo, te ubicaría en medio de Gatica y de la Guillot. Alcanza a notar, también, que cierta gemidización del flujo sonoro te acerca un tanto a la Pizarro del «Cariño Malo», a muy corta distancia de las derivaciones nasales y medio dialogantes de un Tito Rodríguez. En esa misma línea de sonoridades orales el interpretante, según ese alguien que escucha con atención analítica, por efectos tímbricos específicos reproduce la fórmula gangosa del manzanero del «Contigo aprendí». A qué viene la opción bolerizante se preguntará quien escucha tras la puerta, más aún, parece espetártelo del otro lado; es hasta probable que te lance el epíteto de sucia a medida del in crescendo de tu voz con el corpacho a cuestras y mientras te van diciendo lo que te dicen haces un giro de registro sonoro dentro de la misma tendencia y así te ubicas en la academia de un Solís o de un Vargas; y con la mismísima celeridad te pasas a la jazzificación bolerizante de un Feliciano, no sin antes hacer un aro por los baladísticos dramones de Los Panchos y la Edith Gormé. Porqué ese camino recorrido a pasión de espectáculo, porqué el grano de tu voz se pasea por esta geografía mínima de la nostalgia; parece decir quien merodea tras la puerta de la sala de baño rural. Y de pronto, sin mediación alguna, te enrielas en un

popurrí de chachachás de alguna orquesta cubana que se nos queda en el tintero, para engarzar sobre la marcha en un soul caribeño de la Celia Cruz, toda una musa de los registros sonoros del hemisferio. Quien te espera tras la puerta te exige que tires la cadena del estanque del excusado y que la cortes con el delirio, porque, a qué tanta intimidad micro presentacional, si tan sólo fuera un canto de melifluas voces, pensará, cuando tan sólo es una burda interpretación vocálica demoniaca, un ataque histérico-glótico ensimismante; porqué no apostar al living del hogar con auditorio familiar y todo, propone, pero no, insiste con su ópera sanitaria, parece querer decir, desde ese encierro insano y pleno de olores. Su ruralidad no lo empalma con ninguna red de alcantarillado, la evacuación es más lenta y las aguas negras no circulan con el flujo necesario para mitigar el hedor, lo que se hace más problemático con el viento sur que lo toma de frente y lo hace circular por toda la casa. En ese contexto, quien tras la puerta merodea, no suscribe la puesta en escena vocal como ritual sustitutivo del deseo. Lo delataría, en cambio, como un fuera de escena en que te sitúas torpe con tus aires de showman-woman-pútica-aséptica; podrás vocalizar hasta el amanecer si lo deseas, parece decirte desafiante, en ese encierro sin estatuto de intimidad y signado por la marca de lo abyecto. He ahí el espejo de tu teatro irrepresentable, parece insinuarle golpeando la puerta con los nudillos, y sólo espera que no arremetas con un tango



inoficioso con que al parecer amenazas. La contra amenaza apunta al derribo de la puerta para que la cortes con ese asunto de la poética de la autorrepresentación; la luna te habría enloquecido y eso sería todo, así de banal, de ahí la irresistible necesidad de oralidad delírica pulsionalmente determinada y cuyo objetivo era la puesta en abismo de una vocación, por así decirlo, de una neumática corporal en su registro vocal de liberación del asco como deseo, así de banal, loca de amor.



## ZONADOMESTICA

Diría que vivía la vida como una amenaza, habitábamos un barrio con rasgos provincianos, antiguas parcelas de la precordillera santiaguina loteadas hace algunas décadas, cuando la arquitectura comenzó a adueñarse de la modernidad con su concepto municipal de urbanismo. Se encerraba en su pequeña pieza de escritorio a inventariar datos inútiles como el de etiquetas de vino chileno. Carecía de políticas de inserción social, por eso optaba por objetos nimios que lo diferenciaban de las grandes iniciativas. Todo era, tal vez, como el mundo quisiera vernos, se dormía poco, casi nada se sabía del otro -de las actividades fuera de la casa-. La casa era un sitio de extraños haceres para el visitador clásico, él no se escondía, pero gustaba hacer el papel de idiota. En alguna oportunidad nos vigilaron los vigiladores del momento, por las áreas urbanas circulaba la sospecha, él parecía un odiador de si mismo; no siempre fue un amante repulsivo, solía interceptarme a media noche con procedimientos amatorios de nulo compromiso epidérmico. A veces lo enviaba por verduras a la



feria, actividad que parecía agradarle como tarea de clasificación y selección. En ocasiones nos topábamos en la cocina, exhibía para esos eventos un pijamita de franela de antigua data, tomaba cerveza y eruptaba con cierta dulzura neonatal; eran madrugadas de insomnio universitario en que la angustia memorística nos hacía deambular por los interiores de una hogareña simulación. Era un período de permanente nublado, la ligera lluvia era una cesura en la incertidumbre climatológica. A él le gustaba la visualidad de esos efectos de clima, recorría el barrio ejerciendo cierto oficio descriptivo de las gradaciones de luminosidad; se sumaba a eso una controlada pasión por la flora nativa. En varias ocasiones comentó su desazón porque la municipalidad de nuestra comuna estaba forestando las calles con especies exógenas. Sus paseos eran la retórica del desamparo, inventario de jardines con sus rosales y chéptica. No más de diez cuadras a la redonda era el itinerario del insólito paseador del barrio. El retardo de antecedentes apenas consigna el corte subrepticio de flores y ramas arbustivas, las que luego inundaban su cuarto con su aroma quebradizo. El parque comunal era un paseo retórico permanente que suponía la revisión de la historia posible de la racionalización del paisaje. Su concepción de lo real entraba en conflicto con la del discurso académico del cual yo era tributaria crítica. Las marcas de amor aún no se dibujaban en los rostros, nos unía una complicidad de secretas afecciones, normativas estrictas del tiempo de

amor, miradas de seguimiento de amor en ese otoño perpetuo. Hasta dónde ese reiterado de paradójica pasión, hasta cuando la caminata por ruta embaldosada, el pálido de tus mejillas alumbrado por la luz de los postes, la irrupción de ese adiós parasitario del olvido. Ya no el deseo como relato de lo faltante, ya no lo ausente como historia recuperable por el déficit de imaginario. El amor ya no, sólo lo disperso como estallido de lo fatal; ya no te quiero amor, mas cuanto te quise. Te delato (relato acusatorio) como tópico de lo parcial en las cuentas totales. Diría que su guerra abreviaba las grandes batallas; combatías las leyes de la pasión con una coprolalia ingenua. Mirabas los cuerpos gastados para decir que los habías mirado, cuando me viste me dijiste que me habías visto parapetada en viejas fórmulas de lo fatal ilusorio. Tu argot infrapasional me desbancó como princesa de la perspicacia; ansioso de iluminación patética permutaste los signos del acoso de amor. Fui tu puerco de los cuerpos enlodados y recorriste a pies pelados los campos de las visuales, con tu aparato descriptor te instalaste en tu punto de mira: la habitación desnuda que daba al patio trasero; allí lo otro como hábitos de la mirada que me mira, el ojo delator en desplazamiento permanente. Tu voluntad de aroma era registrado por ese aparato que al correr del tiempo consideré maldito. Cada registro era la crisis de algún objeto, objetos del deseo, objetos de sentido, mirada objetual que sólo promovía la instalación de exteriores, el desamparo del mundo objetual. Yo era un objeto

de tu predilección retórica, yo registrada como crisis de objeto en disolución; aquí nada de filosofía, decía, y agregabas que el sujeto no existía o era un falso problema. Diría que no había soluciones de continuidad, de un día para otro se nos impuso un corte epistemológico -todo corte parece serlo- en nuestras relaciones. Toda mirada coquetea con el objeto que mira, pensé, e invertí en ese concepto el puerco que me soporta. Cuando te miré y cuando te hablé por vez última intenté una seducción que disolviera esa historia común que nos tatuaba con huella indeleble. La consecuencia de ello fue que te fuiste al puerco conmigo y me obturaste el hueco de tu predilección, es decir, fuiste cómplice de los clásicos narrativos. Ahí comprendí que el yo se inaugura cuando el otro se disuelve. Poco a poco los gestos más aparatosos de tu comparecencia doméstica fueron minimizándose hasta el deterioro. Luego vino el fallo de tus dispositivos, los previos de la catástrofe que pronto llegaría. Por eso empezaste a proyectarte hacia otro espacio, uno que consagrará las más amplias lejanías. Lo próximo, yo misma, se constituyó en amenaza. Optaste por interrumpir los paseos y los hábitos de voyerista retórico, tu vida se hizo más histórica y sucumbiste ante la filialidad, ante el sitio de mi mirada estratégica. Creo que hasta te llevé el desayuno a la cama, la triste involución de tus propuestas de campo; si antes mirar era inventar al objeto, ahora éste apenas era reconocible. Nuestra vida cotidiana era puro efecto de



cultura, por voluntad de paradoja quisiste coquetear con zonas limítrofes, algo fuera de lo comunal/barrial, otros jardines, otros árboles, otras verificaciones florales para el despliegue del aparato; el resultado de todo ello creo que ha sido objeto de las retóricas de la perversión. Trazo narrativo en que empeñaste tu patología verbal, tu venganza contra el discurso académico al imponer esa dilexia del retardo escolar de los acontecimientos. Ahora te miro y ya no puedo olvidar ni recordar, contar suele ser pasado y no sé lo que pasó, el futuro suele ser la historia de la historia y carezco de proyecto, no tengo inversión filial y aún no me ha dado por el delirio místico. Viví, vivimos en el desprecio de lo acaecido. Despertarás mañana y será como una página en blanco, la utopía de un texto pleno; recurrirás como siempre a tu torpe aparato de descripción visual porque careces de todo aquello que ves. Me imagino que habrán otros espacios en donde restaurar los giros de tu pasión, otros volúmenes de la hipertrofia narrativa. A la hora del desayuno, en tu libreta de apuntes formularás los objetivos operacionales de tu nueva instalación, te servirás el habitual café con leche y unas tostadas con mantequilla, y luego te fumarás el pito de la mañana para enfrentar el día. Después tomarás un té, mucho líquido te dices que necesitas; me hablarás un rato con delirio sólo para decirte o confirmarte cosas; yo haré de efecto espejo y asentiré; te aprovisionarás de cerveza, harás listados interminables de las cosas que necesitas, incluso puede que hagas un simple



diseño de habitación para tus nuevos aires. Te sentirás mal, irás al baño a defecar y te llevarás el diario de la mañana y pasarás horas ahí metido. Yo te hablaré y te instaré a que salgas, tú te enojarás y me mandarás a la mierda, nos agredemos un rato, luego saldré a la calle, asistiré a uno de los últimos ramos que me queda, pasaré a la casa de mi madre a buscar una tela que le sobró de una cortina de la que yo sacaré una falda, Compraré algunas cosas para el almuerzo de la monotonía, la opción doméstica se inclinará por el arroz con huevos fritos y el olor a fritanga impregnará los espacios interiores, aquellos que seguirás habitando desde el afuera que nos delata.

## LA INTERZONAL

### I. Presentación de los cercos:

Nociones diferenciales del «acá» y el «allá» como práctica de límites teóricos de suelos intocados en terrenos manchados por el verdor de las praderas.

Invencción vía estatuto de manualidad rural específica de espacios que delimitan otros (espacios) en su trazado pastoral de suelos culturales o cuya mediación es la *conditio sine qua non* de los quiebres tópicos.

Procedimientos de nominación como acto normado de establecimiento de la diferencia que tras los alambrados retóricos actualiza el sujeto nominante conocido en capí-

tulos anteriores como el huidor

En el acá radical el sujeto de las nominaciones en proceso de elaboración de un topodiscurso practicante de las limitaciones del nombre cuya regla de operatividad se reduce a la regla invertida cercar es nombrar elabora sistemas especulativos para recuperar el capital simbólico

Topología esparcida en su triple referencia toponímica-topográfica-topológica en cuanto áreas de desplazamiento teórico de las operaciones tópicas diseminadas por las áreas de pasión agrosilvestre hilvanadas en los suelos de aptitud simbólica

Espacio de cierre cuyo aparato nominante analoga el modelo patronímico de otorgamiento de identidad desde la opción mítica del viaje/travesía como recurso nemotécnico de búsqueda y recuperación de lo mismo

Corte nominal que supone-impone la erección artificiosa de un vertical material cuya función represora de la circu-



lación articula las impresiones de límite graficadas en la linealidad del acontecer de los cercos

En lo estrictamente narrativo el huidor transita por enunciados agrícolas del tipo clásico evidenciando una decidida voluntad de manejo predial con el reciclaje de tópicos de la novela victoriana

Racionalización de las áreas de tránsito bovino como anticita de la ganadería extensiva desplazando sus cortes circulatorios a períodos estacionales del narrativo acontecer

Modus comparendi de dicha estrategia narrativa que en su traducibilidad crónica apela nostálgica a las monumentales praderas del imaginario fílmico que recorre las fantasías de la clientela

A cierto nivel de acontecer el huidor es sorprendido tras las

alambradas oxidadas espiando las políticas pastorales de los agentes de la agropecuaria clásica en los sacramentos de su práctica perversa

La red narrativa cerca la zona estructurando un espacio de escritura que articula sus enunciados desde la intervención de los suelos derramados por valles, montañas y praderas como áreas descritas por la pulsión nominal

Relativo al nombre como múltiplo narrativo de la red a que da origen desde su norma absoluta como asignador de funciones limítrofes en el patético de cierto amor innombrado

El huidor *carerraja* de retocado nombre funcionando como agente de escritura pastoril cuya frágil memoria narrativa retiene apenas ciertos datos toponímicos relativos a suelos transitados asiste al acto expulsivo de retocados sollozos en donde es instado a abandonar el área descrita

Sitio en permanente disyunción en donde el pastoreo narrativo toponímicamente definido apela al destierro de cada acto nominal que entra en interdicción con el absolutismo del código onomástico

Adherencia clave de la inscripción social basada en la apelación institucional en cuanto aparato productor de relato verdadero sobre la pertinencia inscriptiva de los sujetos como dadores de límite

Nombrar el «acá» y el «allá» como ocupación de una zona de inversión recorrida por entrecruzamientos y permutas narrativas que conforman un cúmulo biográfico documental en circulación permanente

Configurar un toporrelato desde una zona nominal de ocupación invirtiendo/recuperando sus huellas tópicas en el imperativo de la polémica en cursiva que acontece en los espacios de tránsito

En el «acá» de los cercos el maquillaje narrativo de la zona objeto nutrida en sus desbordes sémicos por el aparato austral en el momento más crítico de sus fórmulas poéticas

En el «allá» el acto de habla que define el recorrido neutral de la palabra límite como raconto de la espera del nombre que nos inserta en el ámbito de los sollozos

Nociones diferenciales que articulan la caligrafía de los suelos con su trazado a mano alzada imponiendo una propuesta que hace trabajar los relatos interzonales sobre la diferencia específica de la tópica

El sujeto de tal práctica narrativa escenifica los espacios de acontecer del relato distribuyendo trozos de historia posible entre zonas retóricas disponibles

El relato se instalaría como manufactura pulsocultural



regida por una política de copamiento de las áreas-deseo en la crisis objetual de las mismas

## II. Informe sobre suelos o el PH del deseo:

El huidor como objeto deseoso toponímicamente determinado lame el rocío de la mañana siguiendo la linealidad de los cercos que se erectan en lontananza atento a las disputas de límites como escena privilegiada de los deseos posesionales de los agentes del área

El huidor nombra esos límites pulsógenos como objetos tópicos en disputa registrándolo en la memoria de su relato que sobretransitado se yergue en modelo nominante de las per-versiones antes citadas

El huidor como sujeto poético en emergencia ontológica que desterrado a la humedad de los invernales suelos

australes intenta en vano recuperar algún trozo historiable en la ocurrencia de leves actos de norma doméstica

El poético huidor derrama por los australes suelos el hábito de su escrutadora mirada que adherida a ciertos enunciados retoma imaginarios infanticidas que lo remiten al cero narrativo

El huidor como actitud nombrada que se afirma en el acto prenarrativo de ocupar espacios vacíos al margen de los hábitos de lengua que le otorgarían pertinencia diegética al sujeto ambulatorio

El huidor *carerraja* confecciona las tautológicas huellas que transitan sobre esos suelos retocados por la lluvia que traficados por el imaginario nortino invenciona la retocada gráfica de los lugares comunes/transitados

El huidor sumido en su normativa prenominal desarrolla

estrategias sustitutivas de las carencias en los huecos de su soberanía puesta en crisis por el campo de citas de la retórica clásica

El huidor como sobrenombre de un nombre que el mismo sujeto olvida en los arcanos de su política de inscriptividad social elaborada en los pantanosos suelos de la reinserción

El huidor como héroe de un fotorromance rural en que aparece trágico tras los tensos alambrados con sus manos desgarradas por las púas en la desesperación de una amor que no respeta sus límites

El huidor exhibe frente al mar insular su orinador triposo desplazando las experiencias de límites agroexistenciales y objetivando los relatos de área a partir del acto orinador que alterna otro eje

El huidor oculto por la sombra de un buey observa

obnubilado a la niña deseosa que merodea entre arbustos y bosta vacuna sumergida en la nostalgia del peñe-trador objetual

El huidor focaliza sus pulsiones en específicos puntos epidérmicos que despertarían la latencia del destete en el contexto irruptivo de la lactancia como simbólica de ciertos circuitos de intercambio entre lo real y lo imaginario

### III. La Vía Láctea o La Ruta Lechera:

Novela lechera que cuenta la peripecia de una hablante pastoril que presuroso enfile por el camino de tierra (o «wrong way») intentando describir en su itinerario topográfico la circulación sinuosa de un producto específico definido por su explosión significativa

Paradigma provisional de la economía de circulación de los mitos en sus mediaciones superestructurales alojadas



en el acto mamario de la succión incluida la analogía de la línea succional

Producto circular que comparece estelarmente como consumo matriz o modelo de todos los consumos posibles incluida su trama reproductiva-alimentaria y el itinerario antropomórfico delatado en el subproducto de la dependencia corporal

La circulación como producto de un relato-objeto que genera funciones de traslación y desplazamiento del narrativo lactante que además sobrelleva la carga ideológica de ser la norma edificante del discurso de la salud neonatal y pediátrica

Relato de las políticas de circulación de la leche como la definición clausurada de un espacio cansado de invocación poética recuperable en la impresión de sus huellas de ruta

Praderas cercadas y sometidas al racionalizado tránsito

bovino entre el acá y el allá de nuestras acotadas áreas de mugido que nos seducen hasta el insomnio

Red de producción distribución y consumo que tiene su origen en el manejo de bovinos de leche a la luz del ritual agropecuario de la pequeña propiedad rural

Actividad agrícola clásica basada en la manualidad de los procedimientos de ordeña como síntoma de una economía familiar de subsistencia además de otras manualidades

La ordeña como procedimiento succional que permuta la oralidad por la manualidad (succión manual) verificándose una operación cenestésica que hace de los cuerpos en función una agencia del clásico narrativo

El referente erógeno inscrito en el circuito succional abierto por la ordeña remite dicha labor extractiva al objeto proveedor o glándula mamaria de la formación social que

es el destino esencialista de la producción lechera en general

En el caso de la zona referenciada por el que huye la economía material no tiene suelo en donde afincarse sólo la economía simbólica reconoce validez estamental y es la que permite hacer los giros y desplazamientos de una narrativa agraria aquí postulada

En este contexto las marcas de lo lácteo y lo seminal como vías de contacto y permuta entre lo glandular y lo muscular permiten un leve estallido polisémico que reconoce varios signos duales en oposición formal además de los ya signados

Es posible jugar con el mito de Hércules mascando la teta de mamá e inventar de paso un inverso que en vez de dar origen a la vía láctea dé origen a la otra vía

Esa mascada ficticia que inventa sistema recorre estas

zonas no administradas por la retórica clásica y recorridas sólo por ciertas manualidades sin fuerza institucional que al menos permiten succiones extractivas elementales

La ruta lechera es ese itinerario del camión lechero que recorre los caminos de tierra de la ruralidad recogiendo los tarros dejados cada ciertos kilómetros por los proveedores no ignorantes de la hegemonía cultural del producto en cuestión

La descripción circulatoria opera en esas rutas apelando a la primacía mítica del lacto-relato proyectándolo como fundamento de las narrativas zonales



## ZONA TERMINAL

Atardecer en un hotel de provincia como preámbulo de la partida. Hace dos días que no llueve y es pleno julio, mes consagradamente invernal en esas latitudes signadas por las precipitaciones. El de la próxima partida ha pasado gran parte de la tarde en su pieza de hotel -como cubículo de emergencia en vísperas de abandonar la zona-, mirando a través de la ventana de 60 x 70 centímetros el anecdótico atardecer/acontecer de una bahía cuyo centro neurálgico es un terminal pesquero. Observando, tal vez, el acabamiento del día rotulado por un sol que empalidece por las nubes negras. Sobre la mesita de noche una botella de vino a medio a tomar del padre de la vitivinicultura chilena y junto a ella una fotografía enmarcada en que se reconoce en cuanto retrato de un rostro con un corte en el labio producto de una afeitada inexperta. Bebe una copa frente a la ventana que, según cierta imaginería de paisaje postal, le concedería el privilegio de los volcanes del sur en un horizonte que sólo es posible por efectos de un mar interior que invierte la relación este-oeste. La ciudad oscurece lentamente en gradaciones lumínicas que clasifica con

critérios pictóricos sobredeterminados que maneja a ultranza. En esa postura plástica se reconoce algo en el clásico narrativo. En quince minutos más debe salir de su pieza de hotel para encontrarse con un conocido que lo espera en su cuarto de pensión para de ahí trasladarse a otro sitio en que también se los espera. Han sido invitados a un asado en un campo distante 30 kilómetros de la ciudad y este conocido suyo se ha ofrecido, gentilmente, a llevarlo en su vehículo. La cena festiva, llamada asado, tiene el carácter de una juntura informal e incluiría su despedida, aunque esta razón es secundarizada por el hábito grupuscular de los migrantes nortinos de celebrar todo aquello que es susceptible de celebración: motivaciones arbitrarias que posibilitan cruces de habla, relatos de intercambio que se organizan en sistemas de contacto y que priorizan los encuentros. En esta ocasión ofrecieron su casa unos nortinos que pasan largas temporadas en el área y que, por no vivir todo el año en esas latitudes, asocian sus períodos de permanencia con lo festivo, ofreciendo su casa constantemente para este tipo de eventos. El, posturalmente siempre distante del bullicio y de las reuniones sociales, ha optado por ir esta vez por simple destinación aventurero narrativa y por algunas discretas pasiones que lo envuelven. La botella de vino sobre la mesita de noche se ha vaciado completamente, límite decisional que le anuncia la partida. Pareciera ser un momento para la nostalgia y las recordaciones afectuosas, pero su actual estado le impone

la voluntad de olvido. Se pone la chaqueta y se dirige al baño, se lava la cara con agua fría para neutralizar un poco el efecto del vino. Sabe con certeza que al sitio que va se encontrará con gente que odia, supone pasiones mutuas, sobre todo odia al dipsómano que le ha amargado su ópera agrícola. Hay gente que podría estimarlo, pero a distancia y contaminados por la suspicacia que rige el ambiente. Previo a salir de la habitación, justo en el instante de abrir la puerta para salir al aire frío de la tarde, vuelve al baño como aquejado de un flagrante olvido, y se lava las manos vigorosamente y se enjuaga con la misma decisión la cavidad bucal, sintiendo con ardor el rigor maniático del cambio de temperatura. Ya es de noche cuando sale a la calle; al muelle han llegado los muchachos para tirar sus lienzas y pescar pejerreyes, siente rechazo por este dato anecdóticamente provinciano lo encuentra tan sanamente perverso y simulador de infancia que se sorprende refunfunando contra mitos benefactores de esa invención demoníaca llamada infancia. Como aún no llueve la gente de la ciudad se pasea por las calles en disposición juerguera; recuerda que es viernes, fin de semana que autoriza un cierto desvarío socio-festivo. El de la próxima partida ha debido saludar a más de algún conocido en el trayecto - relaciones de esporádicos relatos-, lamenta este drama de pueblo pequeño: la agresión dramáticamente insoslayable de un saludo permanente que controla los ejes de circulación. Para llegar a destino debe cruzar calles barroas y



atestadas de charcos como testimonio frontal de las últimas lluvias. La fría brisa del anochecer le ha helado la cara. Antes de tocar la puerta de la casa de pensión en donde habita el conocido que gentilmente se ofreció a llevarlo - un médico joven en práctica profesional por la zona-, decide escupir en la entrada la flema que no ha querido o no ha podido expeler en el trayecto. Aprovechará la ocasión para hacerle alguna consulta de modo que le recete algún medicamento, ya que hace meses que no puede sacarse ese rebelde resfrío de encima. La gelatina mucosa que ha expelido se disuelve en el barro de la entrada. Toca la puerta de una antigua casona de tejuelas de alerce con terminaciones redondeadas y pintadas con pintura blanca ya descascarada. Es la casa de una descendiente directa de alemanes que la ha convertido en pensión; la puerta es abierta desde el piso superior por una larga cuerda que va junto a la muralla y es tirada desde arriba. Alguien le grita que suba. Espera en una salita de estar un breve instante, el suficiente como para ver por una ventana de pequeñas dimensiones el titilante encendido del alumbrado eléctrico con su invariable destino de bajo voltaje, hasta que aparece el joven médico que apenas conoce y que se ofreció tan gentilmente a llevarlo. Intercambian breves frases de saludo un poco tímidas que evidencian su falta de contacto. Baján a la calle y abordan una desvencijada citroneta que grafica el carácter de joven médico rebelde de su dueño, incluyendo blue jeans y una barba descuidada. El de la



próxima partida supone que, después de su práctica profesional se especializará en psiquiatría, cuestión que más tarde le consultará. Pasan a buscar a una amiga del joven médico que, el de la próxima partida, también conoce tangencialmente; ésta ejerce de profesora en el liceo de la ciudad y es oriunda de la zona y, al parecer, mantiene una complicidad afectivo-erótica con el joven médico. El carácter lateral de los contactos interpersonales es un dato de sí mismo que asume en propiedad. En el trayecto vehicular comenta con la pareja sobre la identidad de algunos de los invitados, descubre en la conversación que asistirá al evento una mujer de su interés, una fémina urbana con la que compartió ciertas lateralidades, es muy probable que intente seducirla. A la salida de la zona urbana, ya iniciado el trayecto vehicular, el joven médico prende un pito de marihuana, el que es compartido por los ocupantes del vehículo con la camaradería propia de un grupo de interés en trayecto cómplice hacia lo otro, que los abisma. A mitad de ruta, el vehículo debe ingresar por un camino de tierra que está en un muy mal estado por los hoyos que hacen los camiones que transportan productos del mar, por el barro que se acumula y por los deslizamientos de tierra provocados por las últimas lluvias. De la profesora surge el comentario que la ruta costera es hermosa. El comentario tiene algo de paradójico, ya que justo en ese instante la ruta es dificultosa para la citroneta, sobre todo porque han comenzado las cuestas y la citroneta a duras penas logra

subirlas. El supone que su intervención tiene como objetivo relajar un ambiente semi amenazado por un camino que puede paralizar el viaje. El joven médico, en cambio, parece gozar con las dificultades ofertadas por la ruta, más aún, aparenta una confianza ciega en su aparato vehicular. El de la próxima partida, reconocido en ese ámbito y en otros, como conocedor de esas ruralidades, es interrogado por los otros ocupantes del vehículo por las variedades arbustivas exhibidas en los costados de la ruta, así como por las especies de árboles nativos que los focos de la citroneta pudiera iluminar. A pesar del trance paradójal logra distinguir, a lo lejos, algunas siluetas de las copas de unos coigües, el follaje de unos ulmos ya sin flor, unos canelos sin hojas y un par de mañíos pequeños casi por azar. Más a la orilla del camino, a nivel de flora arbustiva, los focos del vehículo al enfrentar las curvas de ruta logran alumbrar un maqui, un chilco y una amplia extensión de espinillos que cubren casi toda la campiña como maleza invasora; lo demás, sólo referencias de día claro que somete a extenso relato estimulado, talvez, por el consumo inicuo que aspiran. Un perro juguetón los recibe en la entrada al llegar a destino. La casa del asado estaba ubicada en un pequeño monte con vista a una bahía, la reiteración paisajística de centenares de bahías habidas en la ruta costera, ruta zigzagueante que bordea el borde del mar en un periplo montañoso que oculta y desoculta su presencia en el paisaje. El diseño arquitectónico de la casa pretendía

recuperar una cierta visualidad decoratoria del uso de las maderas nativas y jugaba con amplios espacios intimatorios que se abrían dejando entrar, por vía de amplios ventanales, el extraviado paisaje y la luz derramada que lo anima, mimando de esta forma la topografía zonal en su descalabro de giros diferenciales. Sumada a esta diversidad, una forzada destinación mitologizante proveniente de la invención de un imaginario galaico-portugués, en código subrepticio, generaba una figuralidad pretendidamente onírica. Un hábitat de relato parvulario referenciando la europa marginal e ilustrado por un dibujante ruso. La carne destinada al asado estaba en proceso de adobe, el que manipulaba los trozos era el dueño de casa, quien a su vez auspiciaba una plática relativa a los sistemas de construcción de casas en la región. Lo rodeaba un séquito de nortinos ávidos por el dato exótico. Es probable que de esa y otras situaciones surgieran los comentarios que distancian el relato de las ocurrencias de área. El fuego del asado era operado por el dipsómano ya referenciado en otros pasajes, al parecer había llegado de los primeros y portaba un chuico de vino que administraba como parte de su tarea, pero siempre a su favor; era el único que se notaba bebido en exceso. Este auspiciaba otra plática en el lado de afuera de la casa, cuya clave esotérica es irreproducible para el operador del relato. Lo único que alcanzaba a barruntar, casi incitable, es una megalomanía feroz mediatizada por el síntoma alcohólico: el delirio pseudo patriarcal de un



pretendido cacique-gurú, a medio camino entre un chamánico chambón -el fuego sólo estuvo listo cuando intervino el dueño de casa- y un sátiro con problemas de identidad sexual -persecutor implacable del deseo, mas no del objeto-. Había otro grupo platicador constituido, fundamentalmente, por mujeres que se ubicaba en el área del living-comedor. En ese grupo se ubicó el de la próxima partida como un modo de rechazo a la verba masculina. Ahí se tematizaban asuntos relativos a los trabajos y los días, las cotidianas tareas de la mundanidad, escenificadas por un habla placer siempre reciclada. Paralelamente irrumpen más invitados entre los que reconoce a la que intentará seducir. La carne es puesta en la parrilla y los invitados rodean el área de cocción. A medida que se va asando la gente va circulando con sus respectivos platos que recogen de una mesa destinada a tales efectos en el living-comedor, incluidos los cuchillos y tenedores, y las servilletas de papel. Las labores de corte y distribución las acapara el dipsómano, combinando servilismo y pulsión interventora. El de la próxima partida aprovechando un cruce de hablas que se produce al hacer un breve recorrido por los grupos de plática, invita a la que intentará seducir a compartir el asado a una distancia que los margine del centro operativo, para así poder intimar. Para tales efectos se apertrecha de un vino 120 de Ochagavía que saca de la cocina en forma medio subrepticia; el único vino que corría a esas alturas era una jarra de ponche sobre la mesa, al que



apostaban las mujeres, detestable para él, y un par de chuicos de vino ubicados en el centro neurálgico del asado, consumido preferentemente por los hombres. Para el clásico narrativo ha caído la noche y ésta se ha vuelto particularmente fría, la garúa -sólo perceptible en la película de agua que se deposita sobre el pasto y la maleza, y que él logra distinguir al alumbrar con su linterna de bolsillo-, inunda levemente el ambiente del afuera. Se pasa la palma de la mano por el pelo para comprobar si efectivamente ese rocío se lo ha humedecido y luego, con la palma mojada le acaricia los cabellos a la que intentará seducir, inaugurando un juego húmedo a la que ella parece acceder. Así, entre mimos, caricias y besos, modales impulsivos de un rito en que se reconocen, llegan al límite de la playa con el área arbustiva que le precede. A esa distancia focaliza las siluetas de los platicadores, semi iluminados por el espacio de luz que irradia la casa encendida y el fuego del asado. Distingue a un grupito de mujeres que se desprende del living para ocupar un sitio alrededor del asado, también logra distinguir al dipsómano cuando enciende un pito de mariguana con un grupito de másculos borrachos que alardean histéricos, su bullicio es perceptible a la distancia. Otro grupito que distingue es el compuesto por el joven médico y su pareja que, junto a un colectivo de migrantes sobrios parecen hablar de política o algo así. Por su gesticulatoria vehemente lo supone en encendida polémica, prejuiciado tal vez, por ese relato

zonal que despacha a los migrados como post hipies decadentes, como funcionarios de organismos no gubernamentales marginados por los centros de decisión política, como aventureros de rancia estirpe malgastándose alguna herencia o como desarraigados en permanente errancia. Los juicios supuestos son corroborados por la mujer que intentará seducir que a pesar de su condición de migrantes, al igual que él, siente rechazo táctico por su grupo de iguales. El de la próxima partida, aprovechando una cierta coquetería del comentario, intenta -sobre la marcha de los mismos- seducirla con pretensiones posesionales en el límite de lo acotado. Ella se niega pretextando exceso de humedad de la superficie arenosa, ofertada como soporte seductor, y por el imperio del frío que a esas alturas de la noche paraliza los afectos. Tras breve negociación deciden regresar al área delimitada por el fuego del asado y esperar ahí una situación más propicia. En el living de la casa alguna gente ha comenzado a bailar estimulada por la música rockera de los setenta que ha puesto el dipsómano, alguien cerca de él comenta que se trata de The Doors sumido en una nostalgia confirmadora de prejuicios. Algunos trozos de carne se carbonizan en la parrilla, los posibles encargados de su distribución -el dueño de casa y el dipsómano- deambulan borrachos por el interior de la casa. Ella y él aprovechan los últimos rastros de las áreas de carne no quemadas y, sobre todo, beben del vino embotellado que sustraen de la cocina desde un mueble

destinado a la guarda de vinos seleccionados. Se divierten al escuchar conversaciones y discusiones profundamente existenciales signadas por la conducta etílica. Se ríen desembozadamente del dipsómano que dramáticamente insiste en marcar con su megalomanía a los grupos de plática. El dueño de casa, hombre de sobre cincuenta, modera alcohólicamente las discusiones tratando de imponer el criterio de aquel que ya viene de vuelta. La mujer del dueño de casa es la única mujer que, junto con la que intenta seducir, ha bebido en exceso; alejada del marido baila con desenvoltura con un mocetón migrado dedicado al cultivo de salmones. El joven médico lo intercepta con ansiedad, y con hartos litros de ventaja, le comenta en voz alta, tal vez muy alta, que lo aburre la izquierda esotérica y que la era de acuario le da exactamente en los cocos. El dipsómano que alcanza a oírlo lo interpela con una perorata psicologizante que el de la próxima partida ironiza con pedantería semiológica. Su intervención es capitalizada de inmediato por el joven médico, aflorando con ello la primera pendencia etílicamente determinada. El de la próxima partida, victimado por la parálisis de lo narrativo y obsesionado por la voluntad posesional -aprovechando un giro escénico que oportunamente propone el dueño de casa, consistente en sacar a todos los invitados a la playa para echar una ojeada reflexiva a las estrellas, promoviéndose de paso como experto en su lectura-, conduce con mimos persuasivos al objeto posesional hacia la parte alta de la casa, hasta ese



minuto un espacio sustraído a lo festivo; allí procede a materializar la pulsión seductora antes mencionada en un pequeño cuarto destinado a la biblioteca, biblioteca rural de aleatorio uso. La situación de área determinó que el acto posesivo se consumara en postura erecta -o a la paraguaya, en versión sociolectal-; para ello prefirió invertir los términos y girar el objeto de modo que éste le concediera su detrás transitable. Tal giro no implicó, como pudiera postularse, una opción por el camino de tierra -o wrong way-, no; procedió a penetrarla por la zona habitual, pero con tránsito postural alternativo. El clásico narrativo la sorprende afirmada fuertemente sobre unos anaqueles de la biblioteca en donde él puede distinguir, por encima de su hombro sudoroso, entre otras cosas: una edición inglesa de *En Busca Del Tiempo Perdido*, *Las Mil Y Una Noches* en una antigua edición escolar, una lujosa edición del *Quijote* de los clásicos de Aguilar, una *Guía de Arboles Del Sur* de la Editorial Universitaria y su muy conocida *Agenda Del Salitre* de la Sociedad Química y Minera de Chile, como si estuviera ahí, ex profeso, recordándole los días de la pulsión agrícola. Ella, asida con firmeza a las gruesas tablas de mañío de que se componen los anaqueles, soporta, simuladoramente o no, las continuas arremetidas del penetrador que la sacude en cada embate. En el paralelo narrativo una llovizna persistente que ha comenzado a caer ha devuelto al interior de la casa a los concurrentes miradores de estrellas. Los citados amantes se incorporan a la



conurrencia con el dato consumado en el rostro. Ahora el vino se redistribuye más profusamente y son incorporadas al consumo algunas botellas de pisco. La casa campestre es poseída por el delirio etílico expresado en micro desbordes pasionales: el dipsómano, habitual regente de dichas situaciones, intenta sobre la alfombra un torpe abordaje erótico en una etílica que sólo atina a carcajear, negativizando en chiste la propuesta. El dueño de casa intenta lo suyo en la intimidad de un rincón desde la mesura, etílica, de un dueño de sí mismo. El de la proxima partida, guiado talvez por el derrotero juerguero, le grita de un rincón a otro al dueño de casa que tiene una biblioteca espectacular. Este acepta el cumplido, ignorante de la doble referencia, mostrándole su vaso de pisco en actitud brindadora. La mujer que acaba de seducir le acaricia intespectivamente el pelo exhibiéndole una casi sonrisa, un rictus cómplice que parece aludir al previo amoroso. El también sonrío y sonrío aún más cuando recuerda que uno de los pretextos del asado era su despedida, y continúa sonriendo al comprobar que nadie se ha despedido de él ni se despedirán tampoco. Algunos concurrentes deambulan borrachos por el living instigados a bailar por ciertas mujeres no muy marcadas por el alcohol, otros se parapetan en la cocina cerca de la estufa a leña y el resto se reparte por los cuartos de la casa, incluido el segundo piso en donde está la biblioteca y una especie de estudio que también sirve de pieza de alojados. No sabe que hora de la madrugada será, pero el primer

piquete de invitados hace abandono del área. Otros dormitan sobre la alfombra, la que acaba de seducir se recuesta sobre un sofá junto a la mujer del joven médico. Comienza la disolución de lo festivo, todo parece apestar deliciosamente. La política de lo porvenir en el relato sume al huidor-personaje en los tristes tópicos de una acción decisional. El rito de lo paradójal destruye su campo de citas. Se sabe usufructuando del despojo de ciertas retóricas que nombran un afuera apenas reconocible para sus datos de habla. Una destinación superyoica de lo narrativo lo sorprenderá como interrogador permanente de las patologías de área, de aquellas que engendran la mala vida, rol indeseado para un hijo reciente que se verá obligado a acogerse a retiro voluntario/involuntario, antes de sucumbir a manos de los agentes de castración. Querrá escapar, aquejado de un súbito delirium tremens, por los campos citados y bibliográficamente determinados. Escapar huyendo con la impresión ensoñante de un quiebre vigilado. Huir para hacer el relato de las motivaciones de huida, a sabiendas que todo relato es posterior, una mirada por sobre el hombro con la espalda expuesta a lo inadvertido. Sabe que el arte de la toma de decisiones exige previos insoslayables: besa a alguien en la frente, probablemente a la mujer que ha seducido y que dormiría una femenina borrachera en un sofá. La destinación de lo narrativo lo hace tropezar con el joven médico del transporte vehicular. Ambos, motivados por el reconocimiento, trazan una

complicidad platicadora animados por una intención de crítica malévola. Depresión, alcohol y resentimiento conforman una triada odiosa y autodestructiva, le comenta casi al oído -el de la próxima partida- en el instante en que lo invita a dar un paseo por los bordes de mar u orilla de las transgresiones -narrativas-. Abandonan el área de los interiores no sin antes -el joven médico- voltear un vaso de vino y tropezar con el cuerpo del dipsómano tirado en la alfombra, el que masculló unos improperios que derivaron en un largo bostezo -alcohólico-. En la madrugada del afuera cruzan el fuego semi apagado del asado, sus pasos ahuyentan a los perros merodiadores atraídos por el olor y los restos de carne chamuscada. caminan sinuosamente por la orilla en momentos que sube la marea, en poco rato sus zapatos chapotean por la orilla. La maliciosa plática intenta delinear un perfil patológico de los concurrentes. Cada cual portaría un relato ficcioso que hablaría de ellos como viajeros-migrantes destinados a misiones salvíficas terapéuticamente determinadas. Se ríen etílicamente de la asonada crítica y deciden coronarla con un juicio descalificador y feroz que, situaría a los concurrentes como grupo de clase que ha desplazado a otras áreas sus intereses de poder, exo/esoterizando su cambio de domicilio. Continúan riendo, juegan con la arena, tropiezan con las algas que bota la marea, son mojados por la llovizna o el persistente rocío, encienden un cigarrillo, escupen flema, el joven médico le receta un antibiótico eficaz, cantan



o tararean uno que otro bolero, imitan retóricas que odian, blasfeman a los cuatro vientos, orinan sobre la arena, hasta que deciden volver a la casa para dormir un poco. El de la próxima partida lamenta tener que dormir entre borrachos, aquejado de fobia opta por dormir en uno de los vehículos que aún quedan y que dado lo avanzado de la hora no se marcharán hasta la mañana. Antes de proceder al reposo deja al joven médico junto a su mujer en el sofá del living, no sin antes haber secado sus ropas y zapatos en la estufa de la cocina, lo que supuso un último brindis, ocasión terminal que aprovechan para levantar un acta de acontecer en el espacio de lo acontecido, describen una especie de tónica del deseo o de los deseos interactuantes. Mientras intenta recuperar su abrigo dejado en un sitio del living que no recuerda, la mujer que acaba de seducir se despierta y lo interpela simulando cariño -cree-. El le comenta su decisión de dormir en un vehículo, aunque sólo sea un rato como una manera de anticipar su partida. Ella, como si lo quisiera o representando un lejano papel de ex esposa en último trance manipulatorio, le pregunta por el grado de verdad de su intención de partida. Justo en ese instante comprueba que la regla se le ha adelantado un par de días. En escenas paralelas, él toma la rápida decisión de salir y ocupar la camioneta del dueño de casa como un modo de securizar un sueño posible, mientras ella parte en dirección al baño. Ha comenzado a llover copiosamente, experimenta un ligero agrado en esa incomodidad. La camioneta es



una Luv de doble cabina, apta para los caminos rurales. Se acurruca en la parte trasera y se tapa con el abrigo. Por su cabeza pasan leves ensoñaciones ligadas a las rutas australes. En un semi sueño o en una vigilia ensoñante se le aparece una imaginaria ruta de la leche bajo las mismas pautas escénicas de la ruta de la seda en el antiguo oriente. Producción simbólica hipertrofiada por la historia económica, circulación y tránsito de un objeto deseante como epopeya mínima del desencanto. La camioneta es sacudida levemente por el viento y azotada por la lluvia. Se deja mecer por un sueño vigilante. Aprovechando su ida a la ciudad por razones de abastecimiento, los dueños de casa lo conducen al cruce caminero por donde pasa el bus interprovincial que lo lleva devuelta a casa con el culo a dos manos, casi en esa misma postura de durmiente con resaca, hasta la carretera panamericana cinco sur o ruta austral de los deseos.



## NOTAS A LA ZONA TERMINAL

Casi sin fortuito, sólo con la marca historial de las ocurrencias de hecho -adheridas al sueño-, con la huella odorífera del borde playero como locus perverso. Desvarío retórico del trabajo ensoñante, el hidridaje tópico de un romántico en zona mestiza. Tratando de reconstruir en imaginario escénico la intriga feroz detrás de las matas arbustivas. Las escrituras de lo no sagrado intentan consignar algo de lo acaecido en esos bordes orillantes, en el reverso de esos límites domesticados por la zona rival. Flujo prerrelatal que traza los puntos del mapa de acontecer en forma de enunciados parcelados que aluden a microespacios de borrosos límites. En el marco de esas elaboraciones el huidor huye, todo transgresor de huidas, lamiendo algo de la casi heroica muerte que pudo interceptarlo a orillas de la playa. Todo parecía depender del vehículo que tomaba el delirio alcohólico asociado al estado depresivo en que se encontraría. El soporífero vaivén de un bus interprovincial le construye la trama de lo posible: Unos hombres de mar, mariscadores probablemente, habrían encontrado un cadáver a orillas de la playa, con los ojos carcomidos por las gaviotas, en la

debacle de lo terminal. Después de algún festejo -un probable asado-, en alcohólico delirio, habría caminado con el rumbo fijo, obligado por la franja arenosa de la playa, paralelo al mar interior y chapoteando por la orilla, sorprendido por la subida de marea. Al final de la arena un enclave rocoso habría sido el escenario de la fatalidad esperada, caída y golpe seco, cuerpo expuesto al amanecer. Lo torcido, lo torsionado, lo tortuoso como sistema de flujos de la iniquidad. Sobre ese mar caduco caen esos fluidos de negativo que inventan el mundo ese. En aquellos terrenos arenosos él se habría jugado la última carta programática, careciendo de la suerte del héroe yupista que a corta distancia se caga de la risa, no de su éxito, sino del fracaso del otro que habría engañado con un proyecto ficticio. También estaría en presencia fija el cuerpo sobreviviente de una «esa» perversa que lo olvida en clave patética, permeada, tal vez, por una red de asociaciones ilícitas verificadas en los lechos mohosos de la razón de amor. Al ejercer la crítica de dicha lógica entra casi sin querer en los avatares sinuosos de la autodestrucción. El tiempo en contra le impide hacer la historia insular desde el ilícito de las proximidades vecindarias cómo aparatos de porfía. Recordó las maldiciones de llegada provenientes del sistema familiar, reiterados hasta la saciedad como hechos de habla en las zonas de más arriba. Periplo narrativo de una oralidad oficiosa que intenta contar la impulsión de unos nortinos con el hemisferio cambiado, esos que llegaron



un día a imponer la fantasía de un veraneo permanente y la rutina de esa esquizofrenia vacacionó en ellos atracando a orillas del campo de citas, literalmente hablando. La función regencia coincidía con una periodicidad casi menstrual, una especie de síntoma de los malestares se instalaba como actos penitenciarios en un área delirio signada por la muerte/asesinato del que nunca estuvo ni estará. Los dispositivos de la regencia destituyen al ensoñante que huye, ese tributario de una inocencia idiota que pretendió rearmar algún tópico de la modernidad en los sitios referenciados, de poca densidad demográfica. Torpe ambición comentaría, él supone, la que le habría sobrevivido, a pesar de la culpa y torceduras de gestos acopiados y clasificados en las sobremesas. Perpetuación de una comensalía risueña que se juega en un anecdotario feliz que permite la desmesura del relato infantil. Petrificado rito del cuerpo interrogado sin preguntas. Así, a palos con la ficción, el huidor del relato habría inscrito su voluntad relatal en un corte sustitutivo de largas estadías. En ese contexto zonal la irruptiva deseosa de un sujeto, doméstico, fracturado; un furtivo de lo mestizo en el blancor de lo salvaje. El sujeto amoroso en el horror de lo frecuente, interrumpido por el patético de una nostalgia que lo releva de funciones. Así, a palos con el eterno narrativo, deviene en patógeno irrelevante para el sistema zonal: se lo pudo ver alguna vez rivalizando en una que otra disputa piramidal, en apariencia extraña al entorno de esquema plano que

parecía prevalecer, con sujetos del área que al interior de interiores habitacionales oficiaban de personajes con poder de locución, habla tardía en el remanente de los flujos de lengua. Sí, la historia pudo ser otra, toda historia tiene su contra historia, el huidor pudo haber terminado como se menciona más arriba, conforme al proyecto de aquellos que querían deshacerse de él -desde su paranoia-. Hay otra visión anecdótica que no se diferenciaría mucho de lo que aparentemente habría ocurrido. Ese derrotero del relato lo habría visto huir de una cabaña vacacional después de una juerga a la hora que canta el gallo, aún tambaleando por los efectos del alcohol, zapateando por la arena húmeda, siguiendo la orilla playera, pero prontamente sorprendido por la sobriedad que la llovizna le provoca al golpearle la cara. Esta intespectiva sobriedad habría hecho girar en noventa grados sus intenciones, en vez de seguir paralelamente al mar su caminata optó por lo perpendicular, esto es, hacia los montes y praderas de las rurales citas. Siguiendo la linealidad del relato, éste habría cruzado alambradas -que le habrían desgarrado el ropaje y herido las manos-, riachuelos crecidos por el invierno -que le habrían empapado hasta la ropa interior-, espesuras boscosas -cuyas ramas dejaron más de un corte en su frente-, hasta desembocar a un costado de la ruta intercomunal convertido en un guñapo. Siguiendo la lógica del caminador austral caminó varios kilómetros bajo la lluvia hasta coincidir con el paso del bus. En su interior la explosión odorífera de un húmedo

rural condensado en un espacio móvil. Luego, en la ciudad provinciana, el rostro pálido de un sujeto deambulante victimado por un estómago descompuestos en el intento de ubicar algún sitio en donde tomar un caldo caliente, al alero de un cierto criterio farmacológico criollo. La mujer que alcanzó a seducir -probablemente- hubiera hecho el intento de interceptarlo en la partida, no para impedirlo, sino sólo para reafirmar un gesto de adiós profundo. El se sabe en medio de una sensación de fracaso, aunque lo domina el experimento de un goce, el placer de una huida a descampado. Lamenta no tener la apostura de un guerrero épico-clásico y cubrirse con ese manto. Quisiera vehiculizar su odiosidad contra sujetos específicos del área y masacrarlos con la justicia absoluta del patriarca. Gestión anecdóticamente imaginaria que ficciona mientras se toma un caldo de mariscos en el mercado. Según un testigo que, en el mismo contexto, compartió con él una cerveza, éste habría evaluado los conflictos episódicos desde un sitio paradójico: el resentimiento de clase. La por él seducida, en cambio, lo habría despachado como un incapaz de erigir el báculo patriarcal, a pesar de su capacidad estratégica de manejar micro espacios en conflicto, operando en el área familiar y del trabajo con la perspicacia y suspicacia necesaria para contrarrestar los embates manipulatorios de la zona regencia. Un cronista zonal -que algunos creen que es él mismo- habría dado cuenta del área en cuestión como una estructura falocrática en que la dureza extrema del



miembro regente y su priapismo permanente, era expresión de su ausencia material; es decir, sólo la administración en ausencia del miembro garantizaría su retórica incesante, su poderosa pene-tracción sin contrapeso. Bajo esas condiciones se hacía difícil mantener posiciones de fuerzas, aunque estuvieran basadas en la producción material de bienes. Para su perdición se viabilizaban políticas de sumisión centradas en la escucha pasiva y sumisa de una oralidad de un cuerpo sin miembro, cuya pretensión es la eternidad de su dispendio. Recordaría, en la resaca, que el teatro de operaciones en donde se rivalizada en políticas era la mesa platicadora; en ella, a la diestra de la madre superyoica, el filio castrati dipsomaníaco, sin rivales en su función eunuca hacía de caja de resonancia cortesana. De ese espacio de fuerza el huidor salió con fractura, casi con heridas de destierro. Este esquema de lo historiado lo reiteraría tiempo más tarde en un encuentro fortuito en la metrópolis con un visitador de la zona. Lo cierto es que un raro instinto ligado a la fantasía lo habría librado de terminar varado en la playa; se sabía, eso sí, deudor de una cierta telemaquia frustrada: un viaje que enreda el ovillo que la madre teje, una épica sin ruptura edípica. La anti-épica del retorno con el culo a dos manos como capital trágico de su reinserción urbana. El hecho indesmentible es la toma de un bus interprovincial en el terminal de un pueblo provinciano o en un cruce rural, esto último parece lo más verosímil aunque no confirmado por ausencia de



testigos. Datos al margen dan cuenta del hecho anecdótico de compartir gran parte del viaje con un vendedor viajero que le lanzó el tedio de su plática en su calidad de compañero de asiento. Por la noche, en semi somnolencia, recordaría una vez más los avatares de un periplo idiota, se sabe al margen de una cierta noción de realidad que sería la dominante; una leve contaminación, piensa, le habría hecho falta para ejercer una postura mínima de pater familia, al menos como táctica guerrera. El huidor como cuerpo terminal habría banalizado su «recurso a la crónica» local, en opinión de un opinante que se registra en el área. En todo caso, la zona terminal ha reconocido en sus terrenos, a pesar de todo, el paso lerdo y tardío de una retórica/dispositivo que ha verificado estados de cuerpo: estados de cuerpo en disposición de roce y lima-dura, cuerpos dotados de órganos en dispersión corrosiva. El cuerpo que le sobrevive -poseído por verdades de asignación de zona- recordaría tiempo más tarde, bajo el gris de un cielo otoñal y teniendo ante sí los anaqueles vacíos, el goteo persistente de una eyaculación precoz: jugada como resistencia al dispendio orgásmico institucional, recordaría también los actos de succión y seducción en los retablos de amor perecedero, las posturas de los cuerpos inyectados, los recorridos del miembro erguido sobre las superficies ofertadas, los embates furtivos de la no sospecha de amor, las plácidas abyecciones de la penitencia; suelos duros de roer sin sufrimiento; el derrame de las poluciones

nocturnas sobre el sudoso de su piel hipermaculada, las erecciones tardías de los días de canícula, los esfuerzos programados de la retención, los dramáticos acabamientos de las noches con luna. Recordaciones para el olvido estratégico, para la soberanía de la omisión, para el reciclaje zonal que salve los aparatos hacedores de deseo; recordación y olvido como puntos clave de un mismo cruce; cruzamientos de un locutorio disonante; actos recordatorios de una concertación oral/banal en que lo mismo se ha hecho otro, racconto furioso de esquemas de acción narrativos en que es posible avistar, en registro voyerista, a un hablante y a otro hablante -sexualmente diferenciados, probablemente una regenta y un regido, talvez definidos por una cierta perversión filial- razonar sobre políticas de quiebre y ruptura, corte y punción: afilación del cuchillo de la castración después del asesinato del padre (el no simbólico), cocinería del parricidio cuyo evento doméstico es verificable en la función regencia. La que fue seducida en una biblioteca rural con clara opción por los clásicos, ha sido testigo no testimonial de los deseos oblicuos del área regencia, de sus complicaciones tortuosas materializadas en diálogos furtivos que petitionaban consecuencias manipulatorias. Pláticas superpuestas cuyo texto inicial es un indicio del próximo, el que a su vez, oculta a un tercero. La etnia vernácula testifica solazada un testimonio en que se reconoce, comparecencia que favorece la voluntad de hegemonía de la regencia. El delirio narrativo del fuera de

escena, intenta elevar al rango testimonial el relato posible de la seducida en la cabaña vacacional, en el marco de una juerga bajo la forma de un asado campestre en el que habrían compartido ciertas pulsiones ya reiteradas -toda pulsión es una reiteración o viceversa, alcanza a recordar, quizás motivado por la escena cultural de la que es deudor-. El huidor-deudor periodizado por los acontecimientos, reconociendo su involucre inicial en los aparatos regios, cumpliendo ingenua y torpemente labores doméstico-administrativas, ignorante casi siempre de las operaciones de ocultamiento del «monstruito», ese que toda familia debe encerrar a la mirada externa. Sólo por un rumor, surgido de un teatro de operaciones festivos acaecido en las cercanías de la casa matriz, se habría enterado el huidor-deudor de que la seducida cumplía funciones de asesoramiento y apoyo logístico a la regencia, pero serían versiones no confirmadas que él tampoco tuvo intenciones de confirmar o, simplemente, despachadas como delirio por la involucrada al increparla éste en alguna mesa íntima de conversaciones de sobremesa. Insistiendo en eso de que la historia pudo ser otra o de que la historia es siempre otra, algunos habitantes del área, conocidos de nuestro huidor-deudor, creyeron en un comienzo, quizás lo esperaban con alguna dosis de perversión, el término trágico de los acontecimientos. Es probable que su ficción morbosa lo condujera por el lado de encontrar un cadáver fácilmente reconocible a orillas de la playa cuando la marea esté baja.



Por esas lateralidades de acontecer se orientaría la tendencia de los testigos de área. Querrían ver talvez un final de sangre como corolario de un conflicto que suponen de amor. Las memorias locales olvidan rápido a sus borrachos que sucumben en la áustralidad de las rurales rutas. Las versiones de acontecer tienden a la dispersión, la oralidad las remite al residuo. Pero el huidor sabe que la patología adecuada era la huida aheroica. Una posibilidad de la historia otra es la versión apócrifa de los acontecimientos. Alguno que por azar dirigido conoció al huidor en el período previo a la huida pudo opinar, en una tomatera regida por el relato-rumor, que de haber alcanzado la ruta de salida se lo podría ver ahora en la urbe cosmopolita inventándose un destino apropiado a su patología, acompañado talvez de una mestiza que lo reinsertaría en los relatos de amor, pero ningún aparataje de información local es capaz de confirmarlo con exactitud. Las rutas de la perversión y la ilusión siguen caminos análogos en el decurso de sus atrocidades, así lo habría confirmado el mismísimo huidor en parte de una conversación interrumpida, no consignada en el relato, con la seducida por él en la bioblioteca rural de lomos clásicos. Ella habría querido otro escenario, pero el huidor en su apuro huidizo pudo negociar ese espacio apelando a una capacidad, recóndita, de persuasión carnal. La urgencia, quizás, convence a cualquiera que se apiada de la desgarrada condición de un otro que huye-deudor de un teatro de operaciones que lo



sobrepasa por la espectacularidad de los dispositivos en juego. La intimación fatal, el impulso afectuoso que oculta el puñal de la herida que la comisión de daño administra, la plática amorosamente engañosa que inventa una trama de ardores y pasiones en que el huidor -buenito él- era un neófito. En el a posteriori sobrevive «el sin sentido» del relato amorosiento, pero el gesto historial recupera el a priori en que los signos de la distorsión de acontecer, quizás discreciones esquizoides, apuntarían a ilustrar el espacio operacional con lateralidades que lo ocultan, toda la maldición de los productores de daño. El relato como síntoma-distorsión y pérdida de la noción de realidad cuando una vacua sensación de inútil se habría apoderado del entorno y habrían, a su vez, determinado la diseminación de lo narrativo, consecuciando actos fallidos en red casi explosiva: derroteros sin puntuación, ni pausa recorridos por una dramática voluntad de inverosímil, seguimiento de una pasión escabrosa de consignar, el cero de lo narrativo como acumulado instantáneo, la práctica de un recuento que podría parecer banal si no fuera por la obsesión focal de acotar un específico deseo de ubicación zonal de ciertas perversiones -del relato de la historia-, trazos cartográficos de una contienda permeada por la facultad de lengua y análisis de lo narrativo, toma y retoma de insignificantes puntos de un área apenas consignada y levemente delineada. Aún así, la anterioridad descrita nos devuelve el aroma húmedo de un referido rural como diseño imaginario de

una pasión constructivista que se alojó en el huidor-deudor al observar en éxtasis histérico -si es que ese éxtasis existe- el paisaje de amor tiranizado que le caía a sus pies en donde una cierta nostalgia uterina, por darle un nombre a la nostalgia, tejió una fantasía agrosilvestre anclada en los arcanos del amor primero. Dicha productividad, desgarrada a poco andar en fragmentos ya citados de perversión y maldad, se convirtió en demanda resistida por los objetos demandados. Aún así hubo fruto recolectado: aromas olfateados hasta el insomnio de oscuras noches, exploraciones boscosas en clave mágico adolescentaria, visiones de lluvias enmarcadas en ventanas de altillos, todo un escaparate de los sortilegios en noches de transparencia u oscuridad, la irrupción de lo otro anidaba en su propia residencia, las fragancias del deseo en la campiña con hembra recostada sobre el pasto de los potreros de las vacas, pequeños espacios de resolución erótica entre la bosta y tras los matorrales, fragmentos erráticos de consolación funcional-objetual, pequeñas batallas de lo parcial como anticipo de la derrota, odios lanzados al centro de la pasión. Es un hecho casi establecido que el huidor-deudor recibió pormenorizados informes de ancianos habitantes, tributarios de la moral notarial y buenos contadores de historias, sobre el peligro que se cernía sobre él; datos específicos de pálidos delitos apenas registrados como iniquidad, asociados a simuladas operaciones escénicas de seudo camaradería grupal junto con imper-

ceptibles traiciones provenientes del grupo de iguales; perversas asociaciones para la acumulación de fuerzas aislando con ello cualquier fórmula que se distanciara de la regencia del área de citas. Lo que parece definitivo es el regreso vía carretera cinco sur, en un bus interprovincial que recorre toda la noche la distancia de mil kilómetros, del objeto de esta historia otra (ya habíamos dicho que toda historia es otra). Aunque siguiendo la línea de acontecer que lo habría hecho regresar al pueblo provinciano, empaado y borracho, sería posible consignar un retorno parcial a aquel hotel de su espera de la partida, la que habría sido su intención inicial de no mediar una persuasión aceleradora del regreso absoluto. Siguiendo la analogía con la concepción de la historia ésta, habría que decir que toda ruta regresiva es otra, un equívoco del que regresa, talvez una destinación tanática, un error en el recuento de adioses, un recorrido inverosímil ya finalizado *que rato* el otoño en el hemisferio austral.





“Verdad es, al fin, que los autores a menudo deben agradecer sus pensamientos más auctores y los más extraordinarios giros a sus benévolos tipógrafos, que contribuyen al vuelo de las ideas por medio de las así llamadas erratas” .





BIBLIOTECA NACIONAL  
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL

-7 MAYO 1993

DEPOSITO LEGAL  
SECC. CHILENA





**Ediciones OJO DE BUEY** inicia con la novela ***EL HUIDOR*** su colección narrativa. Nuestro interés es contribuir a la ampliación del área editorial para la novela chilena y, por otro lado, promover la indagación de las formas en el texto de ficción. Creemos que el género novela es capaz de articular una amplia gama de discursos, ligados a prácticas diversas de significación.

